

## GRITOS Y ESPERANZAS DE NUESTRO MUNDO

### UNA MIRADA DESDE EL EVANGELIO

Xabier Pikaza

La lectura política/social y ética de la realidad nos ayuda a discernir los gritos y esperanzas de la humanidad y a responder a sus problemas. Pero el evangelio no es sólo una respuesta, sino también, y sobre todo, una forma nueva de escuchar y de mirar hacia la realidad, desde la perspectiva del sufrimiento de los pobres, como iremos señalando, empezando con Moisés y culminando en Jesucristo.

Nosotros, los cristianos, no tenemos la exclusiva de las buenas escuchas y miradas, pero tenemos el convencimiento de que Jesús ha querido abrir nuestros oídos y curar nuestros ojos, para que escuchemos y miremos desde Dios. Así lo mostraré en las reflexiones que siguen. De la mano de Moisés, oyente de la palabra de Dios, que se expresa en el grito de los oprimidos, pasaré a Jesús, para buscar con él un oído abierto, una mirada fiel, según el evangelio.

#### 1. PRINCIPIO. MIRADA DE DIOS, MIRADA DE MOISÉS (EX 2-3)

Quiero situar este ejercicio evangélico de escucha y de mirada, situándolo a la luz de la historia de la salvación, en un camino que empieza Moisés, cuya historia sigue estando viva no sólo para los judíos, sino también para nosotros. Haciendo bien este camino podremos acoger mejor la propuesta de Jesús, en nuestro tiempo. Desde ese fondo comentaré dos textos básicos del libro del Éxodo (Ex 2, 23-25 y 3, 1-2.6-10).

#### 1. Cuatro acciones de Dios: escucha, mira, recuerda, conoce.

Conforme a la Biblia, en el principio de las miradas y escuchas no estamos nosotros, sino que está Dios; él nos enseña a mirar con sus ojos, a escuchar con sus oídos. Así lo dice un texto del principio del Éxodo donde se resume todo el sentido de la acción de Dios que escucha y mira, recordando y conociendo, es decir, compartiendo el dolor y el amor de los hombres y mujeres.

Después de mucho tiempo, murió el rey de Egipto y los israelitas clamaban desde su servidumbre y el grito que nacía de su servidumbre subió a Elohim. Y *Elohim* escuchó su clamor y se acordó de su alianza con Abrahán, con Isaac y con Jacob. Y *Elohim* miró a los hijos de Israel y les *conoció* (=tomó como suyos) (Ex. 2,23-25). .

Ésta es la respuesta de Dios ante el mal de la historia, es decir, ante el sufrimiento de los hebreos en Egipto. En un sentido, estos hebreos son un pueblo concreto (antepasados de los israelitas); pero, en otro sentido, ellos son todos los hombres y mujeres de la historia

que sufren y mueren a causa de una opresión política y social injusta. Ciertamente, hay sufrimientos vinculados a la misma trama de la existencia humana, enfermedades y vejez, ciertos trastornos de la mente y, de un modo radical, la misma la muerte. Estamos hecho de una fibra de dolor, la vida es finita y acaba, como ha puesto de relieve la tradición budista, que se fija en esos dolores esenciales, de la misma vida humana, no en aquellos que unos hombres causan sobre otros..

Pero además de ese dolor que forma parte de la misma trama humana, hay otros que provienen de la injusticia y la opresión, como ha puesto de relieve el judaísmo, que se ocupa de la vida social y de la historia conflictiva de los hombres, porque sabe que en ella habla Dios. Lo que a la Biblia le importa ante todo son los dolores que unos hombres producen en otros, de manera que pueden y deben resolverse con una conversión humana. La Biblia sabe que en realidad, mirada con los ojos de Dios, la vida es buena, hasta muy buena, como el mismo Dios proclama en Gen 1; pero los hombres hemos estropeado esa vida, creando sistemas de opresión refinada, generalizada, como el que aparece de un modo ejemplar en Egipto (el Egipto de los faraones), donde el conjunto de la vida se edificaba sobre el llanto de los oprimidos, es decir, de aquellos que construyen las pirámides a base del sudor y sufrimiento de los pobres. Por eso, la Biblia sabe que podemos y debemos cambiar ese dolor, hacer que cese, liberando a los “hebreos” oprimidos.

De eso nos habla el pasaje que acabamos de citar, un texto que aparece como reflexión del autor del libro del Éxodo, que sabe contar y cuenta las cosas desde Dios (es decir, que describe el mismo pensamiento de Dios). Hubo un faraón bueno que sabía ayudar a los pobres. Pero ese faraón murió y vinieron otros que construyeron pirámides y graneros para beneficio del sistema, oprimiendo a los “hebreos”, a los emigrantes, ciudadanos de segunda categoría, que gritaron de dolor. No se dice que rezaran, no se dice que hicieron sacrificios religiosos, eso parecía secundario (se hiciera o no). Al texto le interesa sólo cuenta el dolor de esas gentes que gritan, y muestran su rostro torturado. No pueden apelar a razones (nadie les escucharía), sólo les queda “la razón del grito”, el rostro herido, las manos fatigadas.

Los egipcios están ahí, con su gran maquinaria económica y sacral, con sus pirámides tendidas hacia el cielo, como queriendo alcanzar a Dios, con sus inmensos edificios religiosos. Tienen las razones del poder, quieren seguridad, graneros y fortalezas, para almacenar y asegurar sus bienes y por eso no ven ni escuchan a los pobres. Ellos edifican su cultura político-religiosa, su sistema de justicia oficial, sobre el grito de los hebreos. Causan ese grito, pero no lo escuchan, solo se escuchan a sí mismos.

En esa situación, los hebreos (constructores de las ciudades-granero (Pitón y Remesés, Ex. 1, 11), sólo pueden gritar, elevando hacia el cielo sus heridas físicas, personales, sociales. Éste es el tema. Egipto es el signo de un Estado (de un sistema) que se aprovecha de los pobres, pero no les mira (no les tiene en cuenta ni les responde). Les necesita, pero les mantiene al margen; les utiliza, pero les tiene sometidos. La religión de Egipto admirable (la más querida de los turistas actuales); ella venera a sus buenos muertos, pero oprime y destruye a los pobres que están vivos.

En una situación así, parece que no existe ya salida, que no hay solución para los pobres. Pero el texto añade que hay Dios y que Dios escucha, mira, recuerda, conoce. Estas palabras contienen la más admirables de todas las teodiceas de la historia humana, ellas son el comienzo de toda religión verdadera, como dice, desde una vertiente judeo-cristiana la carta de Santiago... (cf. Ex 2, 33-25 y Sant 1, 27).

1. *Dios escucha (wayyisma´)*. En otro sentido, conforme a la misma Biblia Hebrea, al principio de todo se encuentra la Palabra del Dios que “dice” y diciendo hace todo, como sabe Gen 1. Por eso, el evangelio de Juan señala que al principio era la Palabra creadora (*dabar*). Pues bien, en este momento central de la revelación salvadora, en el comienzo de la historia de Israel, la palabra primera, la más importante no es aquella que Dios dice, sino aquella que Dios escucha. Antes de decir algo, este Dios atiende a lo que dicen los hombres.

Aquí, en esta circunstancia concreta, la primera palabra no es la orden de Dios (como si él estuviera por encima de los hombres), sino la llamada de los hombres y mujeres que sufren y gritan. Ésta no es una voz razonada, argumentada (en sentido técnico), pues el que sufre no puede razonar, sino una voz previa que llama y que grita. Pues bien, la Biblia sabe que Dios escucha ese grito de los oprimidos. Por eso, los que quieren ser como Dios tienen que escuchar también con él y como a los que gritan con su llanto, con su vida rota.

Karl Rahner definía al hombre como “Oyente de la Palabra” (Herder, Barcelona 1967), es decir, como aquel que puede escuchar la voz de Dios cuando se revela y habla. Pues bien, al final de una vida ejemplar, ese mismo Rahner, gran oyente de la palabra de Dios, supo que lo más valioso no es ya escuchar a Dios en general, sino atender al grito de los pobres, pues Dios habla por ellos. De esa forma, unos días antes de morir (30 de Abril de 1984), salió en defensa de Gustavo Gutiérrez a quien estaban queriendo juzgar porque decían que se ocupaba mucho del grito de los pobres<sup>1</sup>.

2. *Dios mira (wayyare´)*. Normalmente se dice que el hombre es el que tiene que mirar hacia Dios, purificando y elevando de esa forma su mirada. Toda una línea de mística ha querido preparar a los hombres y mujeres para que aprendan a contemplar a Dios, en mirada trascendente. Ciertamente, esa mirada contemplativa y trascendente del hombre, que purifica y limpia los ojos del corazón, para ver a Dios, como dice la bienaventuranza (Mt 5, 7), es muy buena y necesaria. Pero antes del tema del hombre que mira a Dios está en la Biblia el tema del Dios que mira de forma creadora y salvadora a los hombres que sufren. Ésta es la primera de todas miradas, como supo San Juan de la Cruz cuando hablaba del Dios que “yéndolos mirando, vestidos los dejó de su hermosura” (*Cántico*). No se trata de un mirar “espectáculo”, para divertirse y pasar (como sabe la carta de Santiago: Sant 1, 23), sino un mirar para compartir y sanar, para transformar las cosas que miramos.

Tenemos que aprender a mirar como Dios, que no se eleva sobre gran pirámide (¡también puede estar allí, pero de otra manera!), sino que mira a los que están caídos, a los que quizá ya no tienen ni grito, sino sólo un rostro suplicante. E. Lévinas, que fue quizá el mayor filósofo judío del siglo XX, dice que todo el judaísmo se condensa en esta experiencia del Dios que mira el rostro suplicante de aquellos que sufren, estando a merced de los otros<sup>2</sup>. Éste es a su juicio el único argumento de que hay Dios: si nadie recoge la mirada de esos pobres y les mira a su vez para acompañarles y ayudarlos no se puede hablar de Dios. El principio de la contemplación está en el Dios que mira a los oprimidos. Ser como Dios (imagen suya) es mirar como él mira.

<sup>1</sup> Así lo ha puesto de relieve H. Vorgrimler, *K. Rahner*, Sal Terrae, Santander 2004.

<sup>2</sup> E. Lévinas, *Totalidad e Infinito*, Sígueme, Salamanca 2001.

3. *Dios recuerda (wayyizkar)*. Al escuchar y mirar a los hombres, Dios recuerda su palabra, respondiendo de manera fiel a su promesa, es decir, a su compromiso de caminar con los hombres y mujeres, de estar a su lado, de acompañarles. Este recuerdo de Dios no es la “memoria” platónica de los hombres y mujeres que, hallándose hundidos en el mundo, en la caverna oscura de la tierra, recobran por signos y leves imágenes la memoria de una “vida superior, esclarecida”, como decía Fray Luis de León, recogiendo precisamente unos temas de esa filosofía (Oda VIII, *Noche Serena*).

Hay un recuerdo platónico, que consiste en dejar este mundo para subir al cielo; no es recuerdo malo, pero acaba siendo principio de evasión y olvido de los que sufren en el mundo. En contra de eso, el recuerdo de Dios consiste en traer a la memoria la imagen de aquellos que gritan y sufren, manteniendo de esa forma su alianza, es decir, su fidelidad. Este recuerdo de Dios va en contra de nuestra memoria olvidadiza; muchos de nosotros, cristianos o no, asentados en este occidente rico, defendiendo nuestra propia riqueza, nos hemos olvidado de los pobres que están a nuestro lado. De esa forma olvidamos nuestra raíz, perdemos nuestra identidad.

Todo el Antiguo Testamento es “un ejercicio de memoria”, propio del Dios que recuerda su misericordia, “como lo había prometido a nuestros padres”, como dice Santa María en el Magnificat (Lc 1, 50). Nosotros cristianos, estamos comprometidos a mantener la memoria de Jesús, aquel que fue entregado y crucificado, con todos los entregados y crucificados de la historia. Ciertamente, celebramos su recuerdo en la Eucaristía, pero tendemos a olvidar que él está presente en los que sufren con él y como él (Mt 25, 31-46). Hablamos quizá de Jesús, pero no escuchamos sus gritos, no miramos sus dolores. Somos especialistas en el olvido, un olvido de los otros, que termina siendo olvido de nosotros mismos y de Dios

4. *Dios conoce (wayyida’)*. De manera sorprendente, el pasaje que comentamos (Ex 2, 23-25) termina diciendo que “Dios conoció”. Esta palabra ha de tomarse en un sentido intenso, personal, comprometido, de amor que acoge a los hombres y mujeres que ha visto sufrir, escuchando sus lamentos. Para la Biblia “conocer” significa vincularse con toda la vida, alma y cuerpo, y no solo con el pensamiento abstracto. Dios conoce a los que gritan y sufren, como esposo a su esposa (y viceversa), como amigo a su amigo/a. Y así, conociendo, les reconoce *jurídicamente* como suyos, pues son “pueblo de su propiedad”, son señal de su presencia. Este reconocimiento jurídico resulta absolutamente esencial, tanto en el tiempo de la Biblia como en nuestro tiempo: no se trata de un sentimentalismo, sino de un compromiso legal de implicación y solidaridad con los que sufren. En esa línea, la Biblia dice que los hombres *conocen* a Dios cuando hacen justicia, es decir, cuando son fieles a su alianza y así, en alianza con Dios, ayudan a los pobres. Hay un conocer personal de solidaridad, como sabe la Biblia cuando dice, desde el principio (cf. Gen 4, 1), que Adán y Eva se conocieron al amarse y engendrar así nueva vida<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Porfirio Miranda, escribió hace tiempo un libro de título ambiguo (*Marx y la Biblia*, Sígueme, Salamanca 1973) pero de contenido muy claro, donde mostraba que el conocimiento de Dios es la justicia amorosa. Según eso, conforme a la Biblia, sólo conoce a Dios el que ayuda solidariamente a los pobres, como ratifica el evangelio de Mateo cuando dice (con lenguaje clásico) que Dios “no conoce” a los que desconocen a los otros (Mt 25, 31-46; cf. 7, 21-22)25, 12).

El conocimiento bíblico (que es muy distinto del entendimiento platónico o de la sabiduría cartesiana) tiene un carácter personal, comprometido. Así lo indican los cuatro verbos de acción de pasaje que hemos citado, vinculados en dos unidades paralelas, de manera que se corresponden entre sí, de dos en dos: Dios *escuchó y se acordó*; Dios *vio y conoció*. Desde esa perspectiva se vinculan la escucha y el recuerdo, la visión y el conocimiento. Pero las cosas se pueden plantear también en otra perspectiva, de manera que se relacionan escucha y mirada (que son gestos más externos), recuerdo y conocimiento (que son gestos más internos). Sea como fuere, Dios y el hombre conocen comprometiéndose del todo, en un ejercicio vital que se idéntica con su propia realidad<sup>4</sup>.

## 2. Un mediador de Dios. Moisés

El texto anterior recogía los cuatro momentos fundamentales de la acción de Dios, en forma de principio general. Pues bien, en el texto que sigue, a partir de Ex 3, 1, el autor describe la acción concreta de Dios, la forma en que él inicia su revelación salvadora, preparando para ello a un hombre a quien él mismo abre los oídos y los ojos, para que vea como él ve, para que escuche como él escucha, para que actúa en su nombre.

En este contexto, la Biblia hablará del conocimiento del Nombre, que para muchos judíos constituye la revelación suprema de Dios. Pero aquí dejo a un lado ese tema del Nombre supremo (Yahvé, soy el que soy), para centrarme sólo en los rasgos del argumento anterior (Dios oye y mira, recuerda y conoce), ampliados desde la perspectiva de Moisés, el hombre de Dios

Y Moisés Moisés pastoreaba el rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián, y conduciendo el rebaño más allá del desierto, llegó al monte de Elohim, al Horeb. Y el ángel de Yahvé se le apareció como llama de fuego en medio de una zarza... (Ex 3, 1-2)

---

<sup>4</sup> *Por una parte, Dios escucha y mira*, atento a las necesidades de los hombres. Ciertamente, él puede actuar por sí mismo, sin depende de nada (pues es siempre el primero, en un sentido trascendente). Pero hay en él también un elemento anterior, de tipo receptivo: él ha creado a los hombres ante sí, les ha hecho independientes y por debe acogerles, dejando que ellos mismos hablen y sean. Dios pone a los hombres y mujeres ante sí (fuera de sí), pero no para desentenderse de ellos, sino para escucharles y mirarles, para caminar luego con ellos. En Gen 1 se decía que "Dios miró y veía que todo lo que había hecho era bueno". Aquí, en cambio, se dice que Dios escucha y mira, descubriendo el dolor de los hebreos. Las cosas creadas son buenas, pero los hombres pueden pervertirse, gritando desde el dolor. No hace falta que le griten a él, simplemente gritan; no hace falta que recen y sean creyentes de una forma religiosa. Todo dolor y grito de los hombres es sagrado para Dios, y Dios escucha. *Por otra parte, Dios recuerda y conoce*. El grito de los hombres no lleva a la ira de Dios, ni tampoco a su indiferencia, sino a su recuerdo. Precisamente allí donde los hombres sufren con más fuerza, Dios se conoce a sí mismo (se recuerda de sí), de manera más intensa, como amigo de los hombres, como redentor (y de esa forma les conoce). El dolor de los hombres suscita el recuerdo de Dios, llevándole al verdadero conocimiento, es decir, al compromiso de amor. Ésta es la "ciencia" de Dios, una ciencia de la que nos habla sin cesar la Biblia. Los hombres y mujeres pueden *conocer a Dios* (comprometerse en alianza con él, fiarse en su amor, ponerse en sus manos) porque *Dios les reconoce y acepta primero* (es decir, les toma como suyos). Más aún, los hombres pueden conocer como conoce Dios, descubriéndole en los más pobres y comprometiéndose en amor con ellos. En este contexto, no es posible hablar de un "conocimiento puro", en la línea de la razón pura de Kant, pues ese sería el más impuro de todos los conocimientos (porque estaría desligado de la vida y del amor y un conocimiento sin amor es siempre mentiroso, pura ideología). Sólo conoce de verdad aquel que se compromete en amor, compartiendo la vida de los otros y, de un modo especial, la vida de aquellos que sufren. En el fondo se puede decir que sólo el que conoce ama y viceversa: sólo el que ama de verdad conoce

Entonces Moisés se cubrió el rostro, pues tuvo miedo de contemplar a *Elohim*. Y Yahvé (le) dijo:- He visto la aflicción de mi pueblo de Egipto y he escuchado el grito que le hacen clamar sus opresores, pues *conozco* sus padecimientos. Y he bajado para liberarlo del poder de Egipto y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y ancha, a una tierra que mana leche y miel... Por tanto ¡vete! Yo te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo... de Egipto (Ex 3, 6-8.10).

El texto que hemos comentado antes contaba las cosas desde la perspectiva del redactor del libro, diciendo que los hebreos de Egipto gritaron por el dolor que les producía el Faraón, para añadir que Dios “escuchó, miró, recordó, conoció”. Este nuevo pasaje introduce la historia de Moisés (cf. Ex 3, 1-20), diciendo la forma en que Dios le llamó para que realizara su obra.

Moisés se hallaba de algún modo preparado para escuchar la voz de Dios y realizar su obra, aunque ni él mismo lo sabía, pues la acción de Dios es misteriosa y se va expresando paso a paso, de manera sorprendente. El comienzo del libro (Ex 1-2) nos había dicho que era hebreo, de la “raza” de los oprimidos, pero que por una providencia de Dios, después de haber sobrevivido a la matanza de otros niños, fue educado como príncipe de Egipto. En un momento dado, descubrió su identidad, se sintió solidario de los hebreos y quiso liberarlas por la fuerza, sacando la espada. Pero su propuesta de violencia fracasó y tuvo que huir, instalándose como pastor en una zona de desierto. Pues bien, ahora tenemos a Moisés, pastor de ovejas, aventurándose por nuevos pastizales, hasta la linde del desierto donde se decía que habita el mismo Dios... Y el mismo Dios le está esperando allí, como fuego en la zarza, para transmitirle su calor, para darle sus ojos y sus oídos, para hacerle conocer como él conoce.

### *1. Tema base: he visto, he escuchado, conozco.*

En este pasaje, ya no habla el narrador, sino el mismo Dios, comunicándole su “secreto” a Moisés, desde la zarza de fuego que no se consume. No le habla de sí mismo, de su esencia superior. No le invita a quedar aquí, contemplativo, en el valle de la Montaña Sagrada, donde se edificó en su memoria y se conserva el más antiguo y famoso de todos los Monasterios de vida religiosa, el de Santa Catalina del Sinaí. Dios le revela su misterio y le envía, como delegado suyo, a liberar a los oprimidos<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Pues bien, es aquí donde la Biblia supone que Dios ha venido para hablar con Moisés, pero no de sí mismo, sino de los pobres: “He visto y he escuchado, pues conozco los padecimientos de los hebreos”. Dios le habla a Moisés para que también él mire, escuche y conozca, compartiendo el secreto de su misericordia. Los temas son los del texto anterior, pero hay dos novedades muy significativas. (a) La primera novedad es *el objetivo de la revelación*: Dios quiere compartir con Moisés su cuidado, quiere que Moisés escuche y vea como él hace, viene a darle sus ojos, sus oídos, curando de esa forma se ceguera y su sordera. Moisés aparece así como hombre de Dios, abriendo un camino de humanidad que, para los cristianos, culmina en Jesús, el hombre que ha visto y escuchado en plenitud, con los ojos y oídos de Dios. (b) La segunda novedad es *el orden de las palabras*. El nuevo texto dice que Dios escucha y mira *porque conoce*, es decir, porque comparte desde dentro la vida de los hombres. Sólo aquel que conoce de esa forma, como lo hace Dios, esto es, de manea amorosa, puede escuchar y ver cosas que otros ni ven ni escuchan. de todo es el conocimiento, es decir, en amor solidario. Sólo aquel que comparte la forma de actuar de Dios, en amor, puede ver y escuchar descubriendo la necesidad real de los hombres y mujeres. No se puede hablar primero de escuchar y ver, para luego conocer, pues sin “conocer” (esto es, sin amor) no se puede escuchar ni ver con claridad. “Habet amor oculos”, decían los teólogos de la línea franciscana; sólo el conocimiento del amor nos permite ver y escuchar (y viceversa: sólo aquel que escucha y

## 2. Conocer es hacer: ¡he bajado!

En lugar del recuerdo del tema anterior (que nos remite al tiempo pasado) aparece aquí el descenso actual de Dios, su compromiso del momento presente, a favor de los oprimidos. De esa forma, el recuerdo se convierte en acción liberadora. Pues bien esta “bajada” de Dios definirá desde ahora toda la experiencia de la Biblia tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Dios se introduce por Moisés y con Moisés en el camino sufriente de los hombres y se compromete de esa forma a liberarlos. Esta acción de Dios traza una especie de *geografía de la liberación*, que está marcada por el uso de tres verbos.

(a) *Dios baja (wa'ered) en descenso comprometido*, penetrando como divino (es decir, como aquel que conoce, que escucha y que mira, como el buen samaritano) en el conflicto y dolor de la historia de los hombres. No viene de pasada, para pasar el rato; no viene por curiosidad, como otros dioses del paganismo del entorno, que solían manifestarse por un tiempo en forma humana, pero sin entrar de verdad en la trama del dolor de los hombres. Éste es el Dios que “conoce” por solidaridad de amor; conoce bajando, compartiendo el dolor de los hebreos. Éste es un Dios que sabe, un Dios vivo, que se encarna en la historia de los hombres, en un camino y gesto que para los cristianos culmina en Jesucristo.

(b) *Para liberar (sacar: lehasilo) al pueblo que se hallaba en estado de estrechez y opresión, en Egipto*. Este Dios no sacraliza lo que hay, no viene a bendecir el orden sagrado de Egipto, ni a ratificar su poder admirable, sino a realizar precisamente lo contrario, a “liberar” a los hebreos oprimidos. No es el Dios del buen sistema, sino de aquellos que sufren oprimidos bajo el “buen” sistema. No es el Dios de los templos admirables, de las pirámides inmensa, sino el amigo de los pobres que sufren, de manera que su misma venida inicia un proceso de liberación. Éste es el Dios de la tradición judía, que camina con Abraham el peregrino; el Dios que ha compartido la suerte de los hebreos esclavizados en Egipto; el Dios de Ezequiel que habitará en el exilio de Babilonia, para iniciar de esa manera, desde el buen orden del sistema, un camino de liberación.

(c) *Y para elevarlo, subirlo (wleha'aloto)*, hacia la tierra de la libertad.. En esta “elevación” culminan y se vinculan los rasgos de la acción liberadora del Dios, que desciende y se encarna, en la trama de la vida de los hombres, compartiendo su dolor con los que sufren, del Dios que libera/saca, rompiendo así los muros que tenían dominados y oprimidos a los hebreos. Desde ese fondo, la subida o ascenso de Dios no es de tipo puramente contemplativo, sino social e incluso “político”, en el sentido radical del término.

Del tema del “ascenso” de Dios o hacia Dios están llenas las historias de los contemplativos, desde Orígenes y Gregorio de Nisa, pasando por Evagrio Pónico y Juan Clímaco, para culminar en san Bernardo o San Juan de la Cruz. Hay que subir desde esta

---

mira de verdad puede conocer). Si no amamos no veremos de verdad lo que pasa en el mundo. Si no amamos pasaremos de largo ante el hombre o mujer que está caído a la vera del camino, robado, expulsado de la circulación, como hicieron el sacerdote y levita de la parábola de Cristo (el buen samaritano, cf. Lc. 10, 31-37). Aquellos que no aman (como el sacerdote y el levita) justificarán su paso rápido, en el centro del camino, para no ver al herido, ni escuchar su grito. Sin ojos de amor, uno sólo se mira a sí mismo, el sistema solo mira y ve al sistema, y encima lo hará con buenas razones.

cárcel “baja, oscura” (Fray Luis de León, *Oda VIII, Noche oscura*) al monte de Dios, que puede ser el Monte Sinaí, el Monte Sión o el Carmelo. Esos ascensos místicos, y en especial el de San Juan de la Cruz, siguen siendo esenciales para entender la vida cristiana. Pero en la base de ellos hay otro ascenso más originario, es el ascenso social y humano de los hebreos que salen de la tierra de opresión y suben a la tierra buena de la vida liberada.

Desde ese fondo se entienden los dos rasgos del tema. (a) Hay una bajada/encarnación de Dios, que se introduce en este mundo de *muerte* donde habitan los oprimidos de la historia, en manos del poder de Egipto. (b) Hay un ascenso/redención de Dios, que viene para hacer que los hebreos suban a una tierra sanada, que aquí aparece con rasgos de paraíso, como *tierra buena y ancha (tobah wrhabah)*. Egipto era lugar de maldad y estrechez, lugar donde el mismo poder sagrado destruye a los pobres. Por el contrario, la nueva tierra será lugar de abundancia y de gozo, de tal forma que en ella puede vivirse en plenitud lo humano.

En este contexto se habla de una *tierra que mana leche y miel (zabat halab wdba's)*. Esta expresión que proviene de viejos relatos mitológicos está relacionada con la maternidad de Dios que ofrece a los hombres su *leche* (cuidado materno) y su *miel* (dulzura) en esta misma tierra, pero transformada. Dios quiere así que la nueva tierra de los hombres sea lugar de habitación amorosa para los hombres. La tradición de la vida cristiana sabe que esta tierra (toda tierra) es un valle de lágrimas y un destierro (antífona de la Salve); pero Dios quiere que la convirtamos en patria de amor, lugar de dulzura.

### 3. Conocer es comprometerse con Dios: ¡Por eso, vete!

Ésta es la palabra final de todo el pasaje. ¡Por tanto ¡vete! (*lakh*), Yo te envío al Faraón para que saques a mi pueblo, los Hijos de Israel, de Egipto (Ex 3, 10). Todo lo anterior culmina aquí. Dios ha mostrado a Moisés su secreto, le ha enseñado a escuchar y mirar, le he hecho conocer. Por eso le puede enviar en nombre, como mensajero suyo, señal de su presencia. La misma acción de Dios se expresa, por tanto, en la acción humana de hombres como Moisés, que asumen el compromiso de liberar a su pueblo.

Planteando las cosas de manera abstracta, se podría pensar que Dios podría haber realizado su obra por sí mismo, actuando por su cuenta, sin contar con nadie, sin llamar a Moisés. ¿Por qué necesitaba a Moisés, un instrumento frágil, como el mismo Moisés seguirá diciendo y mostrando en toda la historia que sigue (y que ya no comentamos)?

La única respuesta posible es decir “porque Dios así”, porque él actúa desde dentro de la trama de los hombres, encarnándose e ellos, actuando por ellos. Por eso le dice a Moisés ¡vete! Le ha enseñado a ver, le ha enseñado a escuchar; le ha dado sus ojos, le ha dado sus oídos, le ha hecho conocer sus conocimientos. Por eso puede decirle ya ¡vete! Así se inicia la historia del Éxodo, todo el Antiguo Testamento, con una mirada nueva, con un oído limpio, un camino de conocimiento largo que, según la Biblia hebrea, no ha terminado todavía, pues Moisés murió en la nueva Montaña de Moab, frente a la tierra prometida, pero sin entrar en ella (cf. Dt 34).

Murió Moisés, tras haber abierto un camino. Acabó su vida, la Gran Marcha sigue y en el centro de ella queremos situar a Jesús, que aprendió a escuchar y a ver, en la línea de Moisés, unas cosas que ni Moisés había visto y escuchado..



## 2. JESÚS. LA MIRADA DE DIOS

### 1. Plenitud de los tiempos, en la línea de Moisés

En la sección anterior he desarrollado la vocación y tarea de Moisés, liberador y legislador del pueblo israelita. Conforme a la memoria de la Biblia, él había sido salvado de manera milagrosa de las aguas y había contemplado al Invisible en la montaña, y ese mismo Invisible de amor le enseñó a escuchar y mirar con sus ojos, para iniciar el camino de liberación de los hebreos de Egipto (Éxodo), para ofrecerles la Ley (Sinaí) y conducirles por el desierto hacia la tierra prometida (cf. Ex 1-21). Pero, conforme a esa memoria de la Biblia, Moisés no había culminado su tarea, sino que había muerto antes de haberlo conseguido. Los cristianos creemos que Jesús ha culminado el camino de Moisés, ha mirado en plenitud, ha liberado<sup>6</sup>.

Desde ese fondo se entiende el anuncio programático que ha recogido el evangelio de Marcos: «Después que Juan fue entregado marchó Jesús a Galilea, proclamando el evangelio de Dios y diciendo: El tiempo se ha cumplido. El reino de Dios ha llegado. Convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1, 14-15). Parece que Jesús ha superado la visión más apocalíptica de Juan Bautista, que colocaba el Reino de Dios en un después, tras la conversión de los hombres y el juicio de Dios.

El tiempo de Dios se identifica por tanto con su Reino (es decir, con su presencia), pues Dios está actuando ya, pero no desde el templo de Jerusalén (como plenitud sacral), ni a

---

<sup>6</sup> La historia simbólica de ese Moisés, muerto sin haber heredado la tierra y sin tener sepulcro conocido (Dt 34, 6), seguía viva en la conciencia israelita: «Yahvé, tu Dios, te suscitará un profeta como yo de en medio de ti, de tus hermanos. A él escucharéis. Así se cumplirá lo que pediste a tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Yahvé, mi Dios, ni vuelva yo a ver este gran fuego; no sea que muera. Yahvé me dijo: Está bien lo que han dicho. Les suscitaré un profeta como tú, de entre sus hermanos. Yo pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mande. Y yo pediré cuentas a todos los que no escuchen las palabras que él dirá en mi nombre» (Dt 18, 15-19). Cada nuevo profeta era sucesor o, mejor dicho, una especie de actualización de Moisés, como sabían los escribas-rabinos, de los que dice el Evangelio que «se sientan en la cátedra de Moisés» (cf. Mt 23, 2), aplicando su doctrina y recreando su obra, en línea de Ley, al servicio del pueblo (ésta es la base del judaísmo, conforme a la Misná, tratado Abot). También Jesús asumió la herencia de Moisés, pero como profeta más que como legislador, autor de libros. Ciertamente, llevaba el nombre y tarea de Josué guerrero, sucesor de Moisés, pero el modelo mayor de su vida Moisés maestro, a quien él «verá» (histórica o simbólicamente) con Elías profeta, en la montaña, cuando deba iniciar su camino de Éxodo hacia Jerusalén (cf. Lc 9, 30-31; cf. Mc 9, 2-8).

En este contexto podemos y debemos recordar otras miradas. Ciertamente, Jesús miró con los ojos de los profetas y de un modo especial con los de Elías, sanador carismático. También miró con los ojos de Daniel, descubriendo así el dolor de este mundo dominado por las bestias, como hará más tarde el autor del Apocalipsis de Juan. Miró igualmente con los ojos de los “nazareos” de David, que buscaban un Reino distinto... Pero en un sentido más profundo tenemos que decir que el miró y escuchó como los ojos y oídos de Dios, en la línea de Moisés. La reflexión posterior de san Pablo dirá que «cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para liberar a los que estaban sometidos bajo la Ley, a fin de que fuéramos hijos de Dios (Gal 4, 4). Lo que para Moisés era la opresión de Egipto viene a presentarse aquí como opresión bajo la ley. Por otro lado, la libertad que se consigue atravesando el Mar Rojo viene a expresarse como filiación. San Pablo ha mostrado así de una forma espléndida el sentido de la libertad de los hijos de Dios, aunque leyendo su texto de forma poco matizada podemos perder algunos matices que están al fondo del evangelio, en la línea de la vocación de Moisés.

través de una enseñanza de expertos (como resultado de un estudio más exacto de la Ley), ni por un tipo de lucha militar, ni de toma de poder (como querían algunos partidarios de la guerra santa), sino a través de una nueva mirada y de una respuesta más honda al grito de los pobres.

La *plenitud de los tiempos* (¡se ha cumplido el tiempo!) es un símbolo que puede y debe entenderse en dos sentidos. (a) *En sentido negativo* significa que la maldad de la historia humana ha llegado a su culmen, de manera que estamos en la era de las bestias y terrores, en el tiempo del final en el que todo debería destruirse. Los campos están maduros para la siega de Dios, su irá puede estallar en cualquier momento. (b) *En sentido positivo*, aquello que parece plenitud del mal puede entenderse como signo de que ha llegado el tiempo de la intervención de Dios, es decir, de la liberación de los oprimidos<sup>7</sup>.

Esta palabra (¡el tiempo se ha cumplido!), con el despliegue posterior del evangelio debe situarse en el centro de una vida ejemplar de escucha y mirada. Jesús aparece, igual que Moisés, como aquel que ha recibido la llamada de Dios, para realizar su obra, como indica de manera intensa el relato del bautismo (Mc 1, 9-11). Ha aprendido a descubrir las cosas con los ojos de Dios, aprendiendo, al mismo tiempo, a responderle. Ésta es una de las mayores aportaciones de la exégesis moderna a la historia de Jesús, que aprendió sufriendo (Heb 5, 8), es decir, compartiendo su experiencia y su tarea con los que sufren en el mundo. Toda su vida fue un aprendizaje, un camino de sabiduría práctica, expresada en el mismo despliegue de su vida.

Del aprendizaje de Moisés he tratado brevemente: aprendió de los egipcios y después de los hebreos, tenido que superar después las enseñanzas de unos y otros; aprendió de los madianitas, siendo pastor, pero, sobre todo, aprendió de Dios, escuchando con él y como él el grito de los pobres, mirando de una forma nuevas a los hebreos oprimidos en Egipto. De esa manera pudo iniciar un camino nuevo, que es todavía fuente de inspiración para gran parte de la humanidad. Pues bien, los cristianos creemos también que Jesús aprendió a mirar y a escuchar en esa línea, pero en plenitud, con los ojos y oídos de Dios, de tal manera que le veneramos como el Mesías e Hijo de Dios.

No es Mesías, Hijo de Dios, por tenerlo todo aprendido de antemano, por venir con las respuestas ya sabidas desde arriba, porque aquel que todo lo sabe de antemano (desde arriba), sin entrar en la vida de los hombres, no ha sabido todavía nada. Sólo conoce quien mira y escucha, dejándose interpelar y cambiando paso a paso las respuestas. Así lo ha mostrado de un modo ejemplar Joaquín Martínez, en una tesis doctoral muy sabia, sobre el aprendizaje de Jesús<sup>8</sup>. Él ha trazado cuidadosamente los pasos y momentos del aprendizaje de Jesús, tal como ha sido recogido por un evangelio tan cuidadoso como el de Marcos: Jesús ha ido aprendiendo sin cesar de unos y otros y, en especial, de las mujeres (como la hemorroisa o la cananea), en un camino abierto a la respuesta de Dios, al servicio de los hombres.

---

<sup>7</sup> Se repite así el esquema que hemos visto en la historia de Moisés. Precisamente cuando el grito de los inocentes es más fuerte (cuando todo parece llamado a la destrucción), puede manifestarse y se manifiesta la palabra salvadora de Dios que se revela y actúa a favor de los hombres. Éste no es un esquema de desarrollo progresivo, sino más bien de contraste entre el bien y el mal. Cuanto más fuerte es el mal, más urgente y activa aparece la mano de Dios, que no viene a destruir a los hombres, sino a ofrecerles la salvación. Cuando parece avanzar más la muerte, más crece y se expresa el poder de la Vida.

<sup>8</sup> La tesis se titula *El Aprendizaje Narrado. El desarrollo humano de Jesús de Nazaret en el Evangelio de Marcos* (Universidad de Alicante, Facultad de Filología 2008).

Entre los investigadores de España, el que más ha destacado el tema del aprendizaje de Jesús ha sido Senén Vidal<sup>9</sup>, quien analiza cuidadosamente los tres momentos y proyectos básica de su camino. (1) Jesús actúa primero como profeta apocalíptico, formando parte del grupo de discípulos de Juan Bautista, aprendiendo con él a escuchar los gritos y a mirar los sufrimientos de los hombres. (2) Después actuó como mensajero del Reino de Dios en galilea, curando a los enfermos y animando a los desanimados, pues el Reino de Dios ya se acercaba. (3) Finalmente, subió a Jerusalén porque pensó que el Reino de Dios tenía que llegar en la capital de las promesas. Vio y sintió las cosas de un modo diferente, en cada uno de esos tres momentos. No nos dejó una verdad ya hecha, sino un camino que se hace y que debemos recorrer con él, Esos tres momentos se pueden relacionar con los de Moisés, cuyo camino quiso actualizar Jesús, como hemos dicho. Pero los momentos del aprendizaje de Jesús son más, como viene indicando, por ejemplo, un exegeta argentino llamado Ariel Álvarez. En esa línea van las indicciones que siguen<sup>10</sup>.

## 2. Aprender a mirar. Diez momentos

Como he dicho, Jesús fue aprendiendo a mirar y a escuchar, en la línea de Moisés y ahora quiero presentar los momentos básicos de su aprendizaje, las formas principales de su mirada. Ciertamente, sabía muchas cosas de antemano, nació y creció sabiendo, en la escuela de Israel, que decía a cada niño quién era y cómo debía responder a la llamada de la vida. Pero esa misma escuela le capacitaba para seguir aprendiendo. La verdadera sabiduría no consiste en tener un acopio de cosas en la mente, sino en saber escuchar y en seguir mirando cada día, con ojos nuevos. Muchas veces, cuando pensamos que ya sabemos algo (teniendo las respuesta preparadas), descubrimos que han cambiado las preguntas, de manera que aquello que parecía un buen conocimiento se vuelve ignorancia.

Moisés nunca tuvo las respuestas aprendidas, sino que fue aprendiendo a escuchar y a mirar, desde la orilla del Nilo, pasando por la gran montaña de Dios, volviendo hasta Egipto y sacando de su esclavitud al pueblo oprimido. El momento principal de su aprendizaje fue el encuentro en la montaña del desierto donde había llevado su rebaño y donde el mismo Dios le llamó por su nombre, abriendo sus ojos para que viera la miseria de los hombres, ensanchando sus oídos para que escuchara el grito de los hebreos.

Moisés Aprendió a ver y escuchar como Dios, ésta fue su vocación, éste el comienzo de su nuevo camino de aprendizaje. Todo el resto del Pentateuco, desde Éxodo 4 hasta el final del Deuteronomio va marcando los momentos del aprendizaje de Moisés, hasta su muerte en la Montaña de Moab, sin haber entrado en la tierra prometida. Dios le entregó su conocimiento para que pudiera seguir aprendiendo a conocer, a lo largo de una vida hecha siempre de nuevos conocimientos.

En esa línea de Moisés encontramos a Jesús y hemos querido trazar los momentos básicos de su proceso de conocimiento, que hemos condensando simbólicamente en diez que parecen más significativos. Fue aprendiendo a mirar y a escuchar y lo hizo de tal forma que decimos que Dios no sólo “le enseñó” (como a Moisés), sino que aprendió con él y él a conocer por dentro la existencia de los hombres y a comprometerse así con ellos.

---

<sup>9</sup> Cf. *Los tres proyectos de Jesús y el cristianismo naciente*, Sígueme, Salamanca 2003. En un plano más popular, *Jesús el Galileo*, Sal Terrae, Santander 2008.

<sup>10</sup> Cf. Ariel Álvarez, *Los enigmas de la Biblia*, San Pablo, Buenos Aires 2008.

Así podemos decir que Dios quiso conocer en plenitud humana (¡divina!) la vida y sufrimiento de los hombres, para ofrecerles por dentro su vida y amor, y por eso se encarnó en Jesús. Dios le dio a Jesús sus ojos, le dio sus oídos; y Jesús fue viendo y oyendo con ojos y oídos de Dios (de tal manera que el mismo Dios veía con los ojos de Jesús y escuchaba con sus oídos). Por eso decimos que el conocimiento de Jesús fue divino, porque fue divino su aprendizaje (y que el conocimiento de Dios fue humano). En esa línea podemos hablar de una mirada evangélica, esto es, de una mirada divina de Jesús. De un modo general he querido destacar en ella diez momentos principales.

### *1. Aprendió a mirar en familia. Una casa conflictiva.*

Jesús aprendió a mirar y a escuchar en su propia casa, empezó viendo con los ojos de su familia de nazoreos, hombres y mujeres se hallaban vinculados a las promesas de David y a la historia viva de Israel, según la Biblia y sus tradiciones, en línea mesiánica. Esos parientes llevaban, además, nombres patriarcales (María, José, Jacob, Judas y Simón), entroncados con los orígenes del pueblo israelita (cf. Mc 6, 3). No necesitó muchas lecciones teóricas para conocer su identidad, pues su judaísmo, de estilo nazoreo, era una auténtica escuela de vida y familia. No tuvo que aprender expresamente la historia de su pueblo, porque de esa historia nació y con ella fue creciendo.

Como tantos otros judíos, llamados a cumplir y culminar las promesas de Israel, Jesús aprendió a mirar y a escuchar desde el espacio familiar (cultural) de su familia. El mismo pueblo de Israel le dio unos ojos para ver y unos oídos para oír, a través de su madre y sus hermanos. Eso es todo lo que sabemos, aunque, en plano de hipótesis, podemos añadir algunas reflexiones más concretas.

*a. María, la madre,* debió ser una mujer fuerte, que abrió para Jesús un camino de humanidad y ternura amorosa/femenina, que marcó toda su vida. En esa línea parecen situarse los evangelios de la infancia, que la presentan dialogando con Dios (Lc 1, 26-38) y ofreciendo una presencia protectora al niño (Mt 2). Pero es difícil precisar más esos datos y más difícil aún trazar las relaciones concretas de Jesús con sus restantes familiares (con José y con sus hermanos, sea cual fuere el tipo de hermandad que les ligaba). De todas maneras, conforme a los recuerdos más seguros de la tradición, en un principio, María, la madre, y los hermanos de Jesús no creían en él, pues afirmaban que se hallaba loco (cf. Mc 3, 20-21. 31-35). Eso significa que Jesús, siendo nazoreo, como sus familiares, no se le limitó a mirar como miraban ellos, sino que fijó y concretó de un modo especial el espacio de su atención, de manera que debió enfrentarse con los miembros de su casa. Todo lo aprendió en familia y, sin embargo, tuvo que enfrentarse a ella, en un primer momento, para trazar su propio camino. No se limitó a repetir las respuestas hechas, tuvo que encontrarlas por sí mismo, para ver así mejor a los necesitados (en la línea de Moisés).

*b. José.* También se ha dicho, o puede decirse, que su “padre” (en el sentido en que lo fuere), debió ser un nazoreo de fuertes convicciones nacionales, capaz de imprimir en Jesús una intensa identidad judía, hecha de aceptación básica de los principios de Israel y de libertad en la manera de expresarlos. Pues bien, la pregunta de sus paisanos de Nazaret (¿no es éste el hijo de José?: Lc 4, 22) y todo el evangelio de la infancia suponen que Jesús ha superado un tipo de nacionalismo nazoreo de tipo más particular (nacionalista), para abrirse a una visión universal de la acción y presencia salvadora de Dios, desde los más pobres. En esa

línea, cuando en otro lugar Mc 6, 3 define a Jesús en relación a su madre (llamándole el hijo de María), quizá quiere ocultar la relación que él tuvo con Jose, cuyo recuerdo estaría más vinculado a un mesianismo nacionalista. Desde la perspectiva del relato del niño perdido en el templo (cf. Lc 2, 41-50), se podría añadir que Jesús ha tenido que independizarse de su padre-José, para ver y escuchar de un modo propio, descubriendo las cosas del padre-Dios, que son las cosas de los pobres (en un proceso normal de maduración humana).

*c. Jesús y sus hermanos.* Sea como fuere, Jesús se educó entre un grupo de hermanos, dentro de una familia diversa y grande, reviviendo probablemente en casa la diversidad de tendencias de la nación israelita. El evangelio no conserva ningún recuerdo de idilio familiar de Jesús cuando dice que su madre y sus hermanos no creían en él (Mc 3, 20-21.31-35). Ciertamente, el texto de Juan afirma que la madre y los hermanos estaban con Jesús, al principio de su actuación, mostrando que de alguna forma le aceptaban (Jn 2, 12), pero añade que ellos (incluyendo la madre) no creían en él, sino que pretendían aprovecharse de sus poderes (cf. Jn 7, 3-5); evidentemente, no tenían sus mismos ojos. Esta anotación parece históricamente probable: Jesús surgió en un hogar con diferentes visiones de la vida, de manera que tuvo que buscar y trazar su camino en un contexto de enfrentamiento normal, aunque quizá doloroso, aprendiendo a mirar con los ojos de Dios El Nuevo Testamento dirá que al final madre y hermanos creyeron en él; pero eso implicará un camino de Pascua..

*c Santiago ¿un hermano letrado?* Una tradición cristiana, alimentada por fuentes judías, ha querido destacar el carácter ejemplar de la infancia de Jesús, a quien presenta dedicado a ejercicios de piedad y de plegaria. En esta línea, se suele afirmar que fue un judío fiel a las tradiciones sagradas de su pueblo, como los buenos judíos actuales, de familias religiosas, que estudian y cumplen desde la infancia las prescripciones de la Ley israelita, sobre comida y vestido, estudio y descanso. Según eso, su educación de habría sido básicamente sinagoga, hecha de piedad religiosa, en línea rabínica<sup>11</sup>. Pero ese tipo de educación parece más propia de Santiago, hermano del Señor, primer «obispo» de Jerusalén, a quien se atribuye una carta-circular (Sant) dotada de buen conocimiento de la «ley» israelita. Probablemente, esa carta no es suya, pero el testimonio de la iglesia antigua (partiendo de Gal 1-2 y Hech 15) y un texto clave de F. Josefo (*Ant* 20, 197-203) suponen que Santiago no era un hombre inculto, sino un erudito mesiánico, experto en cuestiones «Ley».

Ciertamente, Santiago pudo haberse iniciado en la Ley tras la muerte de Jesús, pero la forma en que le describe una tradición judeocristiana posterior (conservada por Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, II, 23) nos inclina a pensar que era anteriormente letrado. Según eso, podríamos decir que Jesús nació en una familia donde, al menos, uno de sus hermanos valoraba el estudio y cumplimiento de la Ley. Este Santiago, que era más «teólogo» de oficio, creyó en Jesús tras su muerte (Hech 1, 13-14; 1 Cor 15, 7) y le aceptó como Mesías y fundó la primera comunidad escatológica cristiana, al estilo judío, una *qahal* o asamblea mesiánica. También Jesús sabio según Ley, en un sentido, pero parece que buscó y desarrolló una sabiduría diferente, aprendiendo a mirar desde los más pobres, en la línea del Moisés liberador, como seguiremos viendo<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Cf. R. Aron, *Los años oscuros de Jesús*, Ega, Bilbao 1992; *Así rezaba Jesús, de Niño*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1988,

<sup>12</sup> Para todo lo anterior, cf. R. Bauckham, *Jude and the Relatives of Jesus in the Early Church*, Clark, Edinburgh 1990; *James and the Jerusalem Church*, en *The Book of Acts IV. Palestinian Setting*, Eerdmans, Grand Rapids MI 1995, 415-480; L. T. Johnson, *Brother of Jesus, friend of God. Studies in the Letter of James*,

## 2. Niño en el templo. ¿Mirada sagrada?

Jesús aprendió también a mirar en contraste con los sacerdotes y escribas del templo y de la tradición israelita. La mirada del templo parece más propia del hermano Santiago, como recordará la tradición cristiana posterior. El evangelio vincula la educación de Jesús con el templo, pero sólo de un modo marginal y para afirmar que ella resulta secundaria, para seguir diciendo Jesús no culminó su aprendizaje allí, sino en la misma vida real, en la familia y el trabajo. Así lo indica el evangelio de Lucas en una historia edificante (Lc 2, 42-50; cf. 1 Sam 2-3), donde supone que Jesús conocía las tradiciones de Israel y era capaz de dialogar con los sabios: «Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que le oían estaban admirados por su inteligencia y sus respuestas...» (cf. Lc 2, 40-51).

Esta escena, construida de forma simbólica, destaca la piedad de los padres (que van al templo cada año) y la sabiduría de Jesús, niño prodigio, dialogando allí con los maestros de Jerusalén. De esa forma aparece como adolescente sabio que, a los doce años, tras convertirse en *bar/ben mitzvah* (hijo de los mandamientos), dialoga con los sabios del templo de Jerusalén. Una anécdota semejante aparece en la autobiografía de F. Josefo, historiador judío algo más joven, que se presenta a sí mismo como un superdotado:

Yo fui educado con un hermano mío, llamado Matías, hijos los dos del mismo padre y de la misma madre; progresaba mucho en la instrucción, destacaba por mi memoria e inteligencia; y cuando apenas había salido de la infancia, hacia los catorce años, todos me valoraban por mi afición a las letras, pues continuamente acudían los sumos sacerdotes y las autoridades de la ciudad para conocer mi opinión sobre algún punto de nuestras leyes que requiriera mayor precisión (Josefo, *Autobiografía* II, 8-9).

Josefo es más pretencioso que el Jesús de Lucas, pues no sólo dialoga (pregunta y responde), sino que enseña y actúa, a los catorce años, como maestro de los maestros de la Israel. Además, él pertenece a una familia sacerdotal rica, sin más obligación ni tarea que estudiar (para luego gobernar). Jesús, en cambio, es de familia campesina, de obreros, de manera que su ocupación directa es el trabajo, no el estudio. Josefo pudo seguir su etapa de formación teórica hasta los dieciséis años, para completarla después con una formación práctica, pero no en el trabajo, como Jesús, sino en el estudio de las tendencias (comunidades o grupos) del judaísmo de su tiempo (fariseos, saduceos y esenios), para hacerse finalmente discípulo de Bano, un bautista anacoreta, hasta los diecinueve años (*Aut* II, 10-12).

Josefo era un buscador curioso, un burgués del pensamiento. Tenía la vida asegurada, en plano económico y social. Por eso podía dedicarse al lujo de estudiar y sopesar con tranquilidad las cosas, desde fuera, sin implicarse de verdad en aquello que estudiaba, como muchos teóricos posteriores, judíos y cristianos (incluso entre los religiosos modernos). Jesús, en cambio, fue un buscador vital, alguien que tuvo que comprometerse en la vida de trabajo y sufrimiento de la gente de su entorno. No pudo dedicarse a frecuentar la escuela del templo, quedándose allí como Josefo, sino que volvió de nuevo a Galilea. No pudo ir recorriendo,

como novicio curioso, por un tiempo de prueba bien calculada, las tres o cuatro sectas o comunidades del momento (en especial la de los esenios, quizá en Qumrán), pues no tenía tiempo para ello.

Jesús no pudo estudiar con medios caros en alguna escuela/universidad de Jerusalén o Alejandría (como los teólogos de oficio), ni ocuparse de la administración (ocupando un cargo público), ni viajar a Roma como embajador (todas esas cosas las hizo Josefo, que después será guerrero violento y traidor a su pueblo; cf. *Aut* III, 13-16). Jesús sólo pudo estar en Jerusalén de visita y, aunque fuera un muchacho inteligente y sorprendiera con su agudeza a los maestros, tuvo que aprender en la dura escuela del trabajo, que le puso en contacto con la vida real, como seguiremos viendo.

Se podría pensar que Jesús, un hombre inteligente, se perdió para el estudio y que eso fue una pena. Pero se puede responder que fue un hombre ganado para la vida, alguien que pudo conservar los ojos limpios para ver lo que en verdad pasaba, y para escuchar lo que de verdad gritaban los oprimidos de su pueblo. Lo que distinguirá a Jesús no es una mirada teórica, interpretando en ese plano la Escritura, pues en su tiempo había numerosos rabinos o estudiosos (como Hilel y Filón), que podían comentarla mejor, en línea de sabiduría técnica. Lo propio de Jesús será otro tipo de mirada, radicalmente humana, siguiendo las huellas de Moises.

Sin ser especialista, hombre de estudio (¡precisamente por ello!), Jesús ha sido y sigue siendo para los cristianos aquel que mejor ha conocido y explicado la Escritura, en la línea de la Biblia, porque ha escuchado el lamento de los hombres y mujeres, ha visto su aflicción. Hay una educación que enseña a ignorar y ocultar, de forma ideológica (como sucede con ciertos escribas antiguos y modernos). Precisamente para escuchar los gritos de los hombres, Jesús ha tenido que salir del círculo de letrados y sacerdotes (de la escuela y templo), entrando en el mundo de la vida real y del trabajo de los pobres y expulsados de Galilea.

### 3. *Un trabajador eventual. Mirada de artesano.*

Aprendió a mirar en la realidad, en el contexto social, con el sufrimiento de los hombres y mujeres de su entorno. Probablemente sus antepasados habían de Judea a Nazaret, tras la conquista de Alejandro Janeo (en torno al 100 a.C.), como agricultores, recibiendo en propiedad unas parcelas de tierra, que les vinculaban a la promesa y bendición antigua. Pero, en un momento dado, los descendientes de esos nuevos colonos perdieron la tierra, debiendo trabajar como artesanos eventuales.

Mc 6, 3 define a Jesús como *ho tekton (el artesano)*, es decir, un campesino sin tierra. Ésa fue su escuela, ésa su identidad: vendía su trabajo, encontrándose a merced de las necesidades y ofertas (o no-ofertas) de unos propietarios. En principio, un israelita ideal (según las promesas de Dios) debía ser propietario de una tierra/heredad, como muestra todavía la Misná (siglo II-III d.C.). Pero la política urbana y mercantilista de Herodes el Grande y de su hijo Antipas (en sintonía con la administración del Imperio romano) hizo que muchos agricultores de Galilea tuvieran que vender sus propiedades (o que les fueran embargadas), volviéndose campesinos sin campo, artesanos eventuales (o al servicio del templo y de las construcciones reales) o mendigos.

Jesús *el tekton* o artesano era un heredero sin herencia de manera que tuvo que vivir y trabajar entre obreros eventuales, renteros explotados, enfermos, marginales y pobres.

Conocía la pobreza por dentro y no de un modo intelectual. No era pobre de espíritu, como los anawim, aunque quizá loquera, sino de realidad, por su trabajo y el puesto que ocupaba en la sociedad, y así le llama incluso, J. P. Meier, el exegeta católico más conocido, citado incluso por el mismo papa Benedicto XVI<sup>13</sup>. Pero quizá más que marginal, tenemos que llamarse *marginado*: era uno de aquellos que habían perdido su tierra y no podían mantenerse por sí mismos, sino que dependía del trabajo de otros.

Así aprendió a mirar, no viniendo de visita, como hizo Moisés, cuando fue a mirar por primera vez a los hebreos oprimidos (cf. Ex 2, 11), sino viviendo con los pobres, trabajando como eventual y jornalero, en obras ajenas, malcomiendo en campos abiertos, durmiendo en tugurios... El idilio de un José y Jesús carpinteros, trabajando en un taller hermoso, prontos a rezar, con María siempre al lado, y con buenas gentes procurando sus servicios, no responde a lo que será después la vida de Jesús misionero itinerante, como los artesanos itinerantes. Antes de haber sido misionero (sin una piedra donde reclinar la cabeza: cf. Mt 8, 20), fue trabajador itinerante, de manera que pudo conocer palmo a palmo los dolores de la gente expulsada de sus tierras.

De esa forma conoció por dentro los dolores de los hombres, de los publicanos y prostitutas, de los locos, los enfermos, los hambrientos. No era un príncipe de Egipto como Moisés, sino un descendientes de judíos galileos que habían perdido su tierra en los cambios políticos y sociales motivados por la mercantilización de la vida y del comercio, en tiempos de gran crisis. Así conoció por dentro el sufrimiento de la gente, como lo conocieron más tarde Francisco de Asís y sus amigos mendicantes, como Ignacio de Loyola, solo y a pie, por los caminos de Europa. Pero Francisco e Ignacio no empezaron siendo trabajadores itinerantes eventuales, sino que en un momento dado optaron por salir a los campos. Jesús no tuvo opción; era pobre por situación social y laboral y desde esa situación aprendió a vivir y a mirar a los pobres.

No fue artesano parcial, por vocación, como en tiempos en que había campo y trabajo para todos. No fue ebanista experto, por opción, capaz de enriquecerse a través de su destreza (como algunos que podrían realizar trabajos bien remunerados, al servicio de la administración política o religiosa). Fue obrero sin más, como miembro del grupo de los nuevos pobres, por necesidad social, por el contexto en que había nacido, aunque por familia tuviera una intensa formación (era nazoreo israelita).

Vivió en un tiempo de transformación comercial y urbana y muchos agricultores no pudieron mantener su autonomía, de manera que tuvieron que vender sus campos a los oligarcas, volviéndose renteros o artesanos al servicio de las clases ricas (comerciantes y funcionarios: militares, burócratas, sacerdotes...) de las ciudades. Fue el comienzo de un proceso que, en algún sentido, ha culminado en nuestro tiempo (año 2009), con el triunfo y crisis brutal del capitalismo y con el paso de una sociedad de agricultores autosuficientes (en nivel de subsistencia) a una sociedad industrial y comercial que destruye el tejido social de millones y millones de personas.

Vivió y trabajó en el lugar apropiado para aprender por experiencia y solidaridad aquello que es más importante, aquello que hasta entonces casi nadie había visto y escuchado (en la línea de Moisés). En contra de lo que a veces se ha dicho, esos años de trabajo artesano no fueron de vida oculta (en sentido intimista), sino de solidaridad y encuentro con los

---

<sup>13</sup> Cf J. P. Meir, *Un Judío Marginal*, Verbo Divino, Estella 1994/2009. La cita del Papa está en la referencia bibliográfica de su libro *Jesús de Nazaret*, La Esfera de los Libros, Madrid 2008.



hombres y mujeres de su entorno. Nos gustaría conocer las amistadas que logró, las relaciones que mantuvo al llegar a la edad en que los hombres de Israel solían casarse (¡antes de los treinta años!), pero los evangelios no han querido decirnos nada de eso, de manera que debemos guardar un silencio respetuoso en torno a ello.

Sólo sabemos que fue el *tekton* de Nazaret, y que esa palabra le definía dentro de la sociedad. Era un artesano de pueblo. Ciertamente, vivió muy cerca de ciudades grandes, de tipo más judío (Séforis, Tiberíades) o más helenistas (Scitopolis, Tiro), trabajando quizá en ellas, como obrero de la construcción, al servicio del sistema. Pero más tarde no predicó en ellas el Reino de Dios, quizá porque pensaba que la misma estructura de esas ciudades (con su división jerárquica y dominio sobre las gentes del campo) iba en contra del ideal de fraternidad del Dios israelita.

Vivió y trabajó como artesano pobre entre los pobres expulsados de sus tierra y eso le permitió ver y escuchar cosas que otros, bien asentados en el orden sacral, no podían (no querían) ver, preferían ignorar. Conoció el dolor real del pueblo, en la escuela de Dios, que es la escuela de la vida humana, en contacto con las necesidades de los hombres, en solidaridad laboral. Así aprendió a ser humano, oyendo los gritos de los hombres y mujeres de su entorno, arrojados, aplastados, como ovejas sin pastor (Mt 9, 36). No tuvo que entrar desde fuera en el lugar del dolor; había crecido allí, lo llevaba dentro.

#### *4. Ojos de profeta. La mirada de Juan Bautista.*

Fue trabajador eventual, en tiempos de crisis y destrucción de los tejidos sociales, y eso le permitió entender a Juan Bautista, que anunciaba la destrucción de este orden político-social injusto. Pudo pensar y pensó con Juan Bautista que esta situación no tenía ya remedio humano, de manera que sólo Dios podía responder, con su voz de juicio, en la línea de los profetas nuevos que estaban surgiendo en aquel tiempo y un poco después, como cuenta en sus libros Flavio Josefo. Por eso fue a encontrar a Juan Bautista, junto al río.

No fue un encuentro casual, como el de Moisés con la Zarza, en la Montaña de Dios, mientras guiaba a su rebaño, sino un encuentro buscado y bien medido. No fue un encuentro escolar, de tipo intelectual, para hacer una prueba, como el de Flavio Josefo adolescente cuando pasó por las diversas escuelas saduceas, fariseas, esenias y bautistas de su tiempo, en una especie de turismo pseudo-religioso (*Aut II*, 10-12). No fue “a ver” lo que daban, sino a compartir el camino del Bautista, porque había visto y sabía lo que había en la sociedad del entorno. Fue siendo ya maduro, después de haber aprendido en la escuela del trabajo, entre los pobres, con la mayoría de oprimidos de su tiempo.

Fue porque había visto el mal creciente de la sociedad (hambre, enfermedad, dolor, locura, opresión religiosa) y no había encontrado respuesta en las antiguas palabras de la Biblia. Seguir trabajando como había hecho durante más de quince años no resolvía nada; todo continuaría como estaba; por eso dejó el trabajo, no por considerarlo algo inferior (¡de ninguna forma!), sino porque pensó que sólo con aquel tipo de trabajo de artesano no se arreglarían las cosas.

No preparó una rebelión de artesanos marginados (como había intentado Espartaco, hace algún tiempo, con esclavos). Pero tenía algo especial y no se casó, ni se instaló en un tipo de vida regulada, porque el seguir realizando el mismo tiempo de vida de los oprimidos

(expulsados, locos, hambrientos...), no resolvía nada, sino que perpetuaba los dolores. Trazó un camino diferente y empezó a recorrerlo con Juan Bautista, a quien buscó para ver y escuchar como él y con él los problemas de los hombres.

Por eso, un día, hacia el 28 d.C., siendo ya maduro, con más de treinta años (cf. Lc 2, 23; si nació en torno al 6 a.C. tendría ya unos treinta y cuatro), a la edad en que muchos hombres y mujeres de su tiempo empezaban a pensar que su vida estaba culminando, dejó el trabajo de artesano, para buscar a Juan Bautista y reinterpretar con él lo que había visto (enfermos, hambrientos, locos, pobres).

No sabemos si tuvo que abandonar a la familia (no es probable que siguiera viviendo con su madre a los treinta y cuatro años). Tampoco conocemos sus sentimientos interiores. Pero sabemos que un día, suponiendo que su mundo no tenía solución (no podía mantenerse más la rueda de las opresiones), dejó lo que hacía (no lo que tenía, pues quizá no tenía nada) y fue donde Juan Bautista, profeta del juicio de Dios y de la penitencia, junto al río.

No fue para hacer una prueba (como Flavio Josefo), ni para prepararse por un tiempo, para luego pasar a lo suyo, sino para quedarse con Juan para siempre, hasta el juicio. No vino para dar a los demás un ejemplo de humildad, sino porque estaba convencido de que el proyecto de Juan expresaba la voluntad de Dios para su vida.

Vino porque, en un momento dado, en la madurez de su vida laboral y religiosa, pensó que este mundo viejo debía terminar (a través de un gran juicio de Dios, simbolizado en el fuego, el huracán, el hacha cortadora), para que surgiera luego una vida diferente, tras el juicio. Vino porque pensaba que el Reino de Dios no se puede construir en este mundo, con unos pequeños cambios laborales, sociales y religiosos, sino sólo después, cuando todo lo anterior acabe (cuando Dios lo acabe). Por eso llegó a la ribera del río de Juan como penitente, para «morir» en el agua del Jordán (en el bautismo), con los pecadores de su pueblo (cf. Jn 21, 32).

Vino porque había visto muchas cosas y porque no tenía una respuesta y la que daban los sacerdotes de Jerusalén y los políticos de Roma o Galilea (Antipas) no era suficiente o, mejor dicho, era mala. Había descubierto que este mundo concreto (de artesanos oprimidos y pecadores, de hambrientos y locos, con estos sacerdotes y jerarcas) resulta inviable, de manera que Dios debía destruirlo, para que después (también por otra acción de Dios) surgiera un mundo nuevo. Por eso vino a esperar, junto a Juan, en el desierto, al otro lado del Jordán, la gran ruptura de Dios (la más violenta y dura de las revoluciones), que causaría la destrucción de los poderes de injusticia y muerte que reinaban sobre el mundo, para pasar después el río y entrar en la Tierra Prometida.

Vino a ver con los ojos de Juan, a escuchar con sus oídos, pidiendo el perdón de Dios, confesando sus pecados (los de su generación: cf. Mc 1, 4-5 par), para esperar así la misericordia de Dios y sobrevivir en el día del juicio que se acerca, compartiendo después la salvación con los expulsados de la sociedad antigua (perdonados por Dios en el bautismo). La gran «guillotina» de Dios (hacha, huracán, fuego: cf. Mt 3, 10-12; Lc 3, 9) estaba ya cayendo sobre este mundo lleno de injusticia social y religiosa, como lo había anunciado una larga tradición de profetas y apocalípticos del juicio. Sólo tras ese gran terror de Dios, que destruiría a los perversos, llegaría la Era Nueva de los justos (arrepentidos, liberados), que cruzarían el Río Jordán y pasarían a la tierra prometida. Con esos quería volver Jesús, para iniciar la nueva vida en una tierra renovada.

Ante ese gran Terror de Dios (ira que viene: Mt 3, 7; Lc 3, 7) pasaban a segundo plano las restantes realidades de la vida. Así lo vio Jesús y por eso dejó todo y se hizo discípulo de Juan, pensando que este mundo debía terminar y terminaría pronto por un juicio que viene desde fuera, como huracán, como fuego, como hacha, destruyendo de esa forma a los perversos. No se podía hacer nada: simplemente venir junto al río, confesar los pecados, bautizarse y esperar la gran llama del juicio. Éste fue el comienzo de los grandes cambios de Jesús, el principio de lo que será su visión mesiánica. Jesús conocía las opresiones y dolores, pero no tenía una respuesta propia de Dios, estaba buscando, y pensó que Juan le respondía. Por eso formó parte de la gente de Juan, de los que confiaban en ser liberados de la ira, para iniciar después (tras la gran tala de los árboles malos) la construcción del mundo nuevo. Jesús fue un voluntario de ese cambio, uno de aquellos que se apuntaron con Juan para crear un mundo nuevo y así esperó al otro lado del río<sup>14</sup>.

### *5. Ojos de conversión. La mirada de Jesús Bautista.*

La tradición del evangelio es clara al afirmar que recibió el bautismo de Juan (cf. Mc 1, 9), a pesar de los problemas que ese dato podía causar a la iglesia, como muestran las excusas del Bautista en Mt 3, 14-15 y el hecho de que Lc 3, 21 y Jn 1, 29-34 eviten citar el bautismo de Jesús en cuanto tal. Decir que fue bautizado por Juan significa conceder que había dependido de él para realizar su función y tarea posterior, afirmando que había escuchado su palabra y mirado con sus ojos. El evangelio de Marcos supone que inmediatamente después del bautismo, Jesús vio los cielos abiertos y escuchó una voz de Dios :

Y en seguida, mientras subía del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu descendía sobre él como paloma. Y vino una voz desde el cielo: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia. En seguida, el Espíritu le impulsó al desierto (Mc 1, 10-12).

Parece evidente que en el fondo de ese relato hay un recuerdo histórico: Jesús había venido a ver con los ojos de Juan y a escuchar con sus oídos, pero sucede que ahora, de pronto, después de haber salido del agua (es decir, después de haber recorrido el camino de Juan), logró ver lo que pasa en el cielo de Dios (que se abre, bajando de allí la paloma del Espíritu) y vino a escuchar la voz del Padre que le decía “Eres mi Hijo”. Esto que cuenta Marcos debió suceder (creo que ese texto tiene un fondo de historia), pero quizá no entonces, de un modo inmediato, tras el bautismo, como si las cosas hubieran sucedido así, en unos pocos días o semanas. Jesús vio el cielo abierto y comenzó una misión nueva en Galilea, pero

---

<sup>14</sup> A muchos les puede resultar extraño, pero, según el evangelio, Jesús, que había visto casi todos los problemas y dolores de los hombres como artesano pobre entre los pobres, no tenía en aquel tiempo una respuesta propia. Por eso, siendo ya maduro, en una edad en que la mayoría de los hombres y mujeres han cumplido ya sus tareas básicas, vino donde Juan para aprender a mirar y lo hizo con todas las consecuencias, haciéndose discípulo suyo y recibiendo su bautismo. Ese Juan estaba ofreciendo una terapia de choque y de esperanza, aguardando el juicio de Dios, el paso por el río, la entrada en la tierra. Pues bien, durante un tiempo, Jesús aceptó esa terapia, la hizo suya, confesando así que este mundo no tiene sentido ni salida, en su forma actual. Fue, según eso, un violento de Dios, es decir, un partidario de su ira destructora, pues sólo destruyendo la maldad del mundo actual (con el hacha, con el fuego, con el terremoto) podrá llegar después la libertad para los pobres y los arrepentidos. No fue violento de acción (no preparó ninguna guerra), pero fue violento de pensamiento y deseo: quiso que llegara Dios con el hacha de la gran tala final y por eso vino a bautizarse con Juan, a otro lado del río. Para aprender a mirar con mirada de evangelio, tuvo que haber ensayado antes otras formas de mirada.

antes permaneció un tiempo cerca de Juan Bautista, queriendo “convertir” a la gente. Creo que la respuesta a la urgencia del tiempo era crear una escuela de conversión<sup>15</sup>.

En este contexto debemos recordar que tradición de *la estancia de Jesús en el desierto*, narrada de formas muy distintas por Mc 1, 12-13, Mt 4 y Lc 4, puede referirse, muy probablemente a un tiempo más largo, en el que Jesús estuvo en una zona de desierto después de ser bautizado, pero en un desierto cercano al de Juan Bautista, unto al río Jordán. Nada impide que Jesús pasara allí un tiempo, bautizando, como discípulo de Juan Bautista, iniciando un grupo independiente de bautista. El Cuarto evangelio (el de Juan evangelista) contiene varios textos muy significativos, en los que se recuerda y valora esta actuación de Jesús como bautista, es decir de Juan Bautista, quizá en competencia con, quizá precisando y expandiendo su visión. Este dato resulta muy significativo, pues nos permite penetrar de alguna forma en el despliegue de la vocación de Jesús, en la formación de su mirada. Aquí no podemos comentar uno a uno los pasajes que hablan del Jesús Bautista, pero aún tomados de un modo general ellos ofrecen una indicación de lo que ha sido su camino, el proceso de formación de la mirada de Jesús Bautista:

a) *Discípulos de Juan y de Jesús Bautista* (Jn 1, 35-51). El cuarto evangelio afirma con toda precisión que algunos discípulos de Juan se hicieron discípulos de Jesús. Eso supone que Jesús empezó a ofrecer en aquel mismo entorno, junto al río, una variante del mensaje y camino de Bautista y que no se hallaba solo, sino que había otros dispuesto a seguirle. ¿Cuál era esa variante de Jesús, cuál es su novedad? Es evidente que tuvo que haber una novedad, un rasgo nuevo en su mirada, pues de lo contrario no habría empezado a “reclutar” discípulos en el mismo entorno del discipulado y de la de Juan Bautista. Jesús tenía que seguir pensando en un juicio de Dios, pero de un modo diferente al de Juan Bautista.

b) *Una discusión sobre el bautismo*. «Después de esto, Jesús fue con sus discípulos a la tierra de Judea; y pasaba allí un tiempo con ellos y bautizaba. Juan también estaba bautizando en Enón, junto a Salim, porque allí había mucho agua... Entonces surgió una discusión...sobre la purificación. Fueron a Juan y le dijeron: Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú has dado testimonio, ¡he aquí él está bautizando, y todos van a él» (Jn 3, 22-26). El texto supone no sólo que Jesús tiene discípulos, sino que actúa con ellos, relativamente cerca del lugar en el que actúa Juan, pues los dos bautizan, rodeados de discípulos, de tal forma que surgen entre ellos diferencias o disputas. El texto supone, por otra, que Jesús bautiza desde el lado de Judea (mientras que Juan lo seguiría haciendo desde el otro lado), lo que indicaría que él pensaba que estaban entrando ya en la tierra prometida. El texto añade que las “disputas” entre unos y otros versaban sobre el sentido de la purificación (*katharismos*). Parece evidente que los de Juan y los de Jesús interpretan el

---

<sup>15</sup> El esquema del evangelio de Marcos es éste. (a) Bautismo de Jesús, al que sigue una visión y audición nueva de Dios. (b) Cuarenta días de estancia de Jesús en el desierto, con tentaciones. (c) Prendimiento de Juan. (d) Inicio de la misión de Jesús en Galilea. Así narra las cosas Mc 1, 9-15, pero todo nos hace suponer que éste es un orden teológico, de manera que entre el bautismo de Jesús y el comienzo de su misión en Galilea tuvo que haber un intermedio, que el evangelio de Juan ha presentado de forma velada, como tiempo propio del Jesús bautista, al lado de Juan, en competencia con él, en el mismo río. Eso significa que la experiencia pos-bautismal que narra Marcos (y con él los otros sinópticos, diciendo que «vio los cielos abiertos y al Espíritu...»), no fue algo inmediato, de ese mismo momento, sino una experiencia más largar, quizá de tipo gradual, o una forma de expresar su nuevo camino personal, social y religioso, como indicaremos.

bautismo (la conversión) de un modo distinto. Eso significa que Jesús empezó creando una escuela de conversión y de bautismo distinta de la de Juan.

c) *Éxito y riesgo de “Jesús” Bautista.* El cuarto evangelio vuelve a presentar otra vez a Jesús como bautista: «Los fariseos habían oído que Jesús bautizaba y hacía más discípulos que Juan» (Jn 4, 1). El evangelista quiere corregir ese dato, añadiendo que «el mismo Jesús no bautizaba, sino que lo hacían sus discípulos» (Jn 4, 2). Pero es evidente que se trata de una corrección interesada, desde la perspectiva posterior de la Iglesia, que quiere desligar la actividad de Jesús de la actividad de Juan Bautista. Todo nos permite suponer que, en un momento dado, Jesús bautizaba, insistiendo así en la necesidad de superar los pecados para entrar en la tierra prometida.

Y con esto podemos pasar ya a la interpretación de esos datos, que no son fáciles de valorar, pero que nos sitúan en el centro de la gran “crisis” de Jesús, que ha debido pasar un tiempo al lado de Juan Bautista, hasta venir a independizarse de alguna forma de él. (a) Por un lado, ha seguido bautizando, como Juan, lo que significa que ha visto a los hombres y mujeres como pecadores, necesitados de conversión, en un plano moral y religioso; el problema es el pecado, la respuesta la conversión. (b) Jesús se ha sentido capaz de impartir el bautismo, creando un grupo de bautistas, no para competir con Juan Bautista, sino para ampliar el círculo de su acción; eso significa que él se ha sentido también llamado por Dios, lo mismo que Juan Bautista. (c) Éste debe haber sido el tiempo de “tentación” de Jesús en el desierto, junto al río, el tiempo de su discernimiento, enfrentándose al poder de lo diabólico. (d) En este contexto recibe su sentido la experiencia que Mc 1, 9-11 ha colocado y narrado después del bautismo, cuando dice que Jesús “vio” de un modo distinto (el cielo está abierto, descende el Espíritu) y “oyó” una palabra diferente (¡tú eres mi hijo!).

Todo nos permite suponer que está “experiencia bautismal” constituye el momento determinante de la gran marcha de Jesús, el comienzo de su mensaje de Reino. No podemos hablar por tanto de un paso o cambio desde el Bautista a Jesús, sino más bien de una continuidad y de un cambio entre el antiguo Jesús Bautista junto al río y el nuevo Jesús mensajero del Reino en Galilea, que aparece en el momento siguiente. Tanto Mc 1 como los paralelos de Mateo y Lucas han borrado el recuerdo de este Jesús Bautista, mutilando con eso su trayectoria. Jesús no sólo creyó en Juan Bautista (miró con sus ojos y escuchó con sus oídos), sino que actuó como Juan Bautista. ¿Se equivocó? ¡De ninguna manera! No se equivocó, sino que respondió en aquel momento de la mejor manera. Para llegar a la mirada evangélica o galilea de Jesús hay que pasar por una mirada bautista..

## 6. Ojos de Reino. La mirada de Jesús en Galilea

Después de esa experiencia que Mc 1, 9-11 ha situado en el contexto del bautismo, tras un tiempo de “desierto” (que el mismo Marcos interpreta como prueba y lucha contra el Diabolo), comienza el tiempo de evangelio, es decir, el tiempo de la mirada de evangelio de Jesús en Galilea. Jesús no ve cosas distintas, ni escucha palabras diferentes, pero ve y escucha de otra forma, desde su propia experiencia de enviado de Dios. Él había conocido ya a los pobres y expulsados, enfermos y oprimidos de su entorno en Galilea y había buscado una respuesta en el mensaje de juicio del Bautista; más aún, él mismo había asumido ese camino, esperando la llegada del juicio de Dios. Pero, en un momento dado, por experiencia más alta

de Dios (que podemos comparar a la de Moisés ante la zarza ardiendo) descubrió que Dios se comunicaba ya en amor con los hombres (el cielo se abría...), confiándole la tarea de anunciar y promulgar su Reino, es decir, dándole ojos de Reino:

Después que Juan fue entregado marchó Jesús a Galilea, proclamando el evangelio de Dios y diciendo: El tiempo se ha cumplido. El reino de Dios ha llegado. Convertíos y creed en el evangelio (Mc 1, 14-15)

Por eso dejó el río de la penitencia y juicio y entró la tierra prometida, diciendo que Dios actúa ya como Rey, en la línea de la tradición davídica. Pero no buscó la ciudad del Dios de los sacerdotes (Jerusalén), sino que volvió a Galilea, como nazoreo del Reino, para iniciar allí su obra que consta de dos elementos. (a) Anuncia con su vida y sus palabras la llegada del Reino. (b) Pide a los hombres y mujeres que *crean en el evangelio* (esa buena noticia), de manera que así puedan convertirse, es decir, transformarse.

Ciertamente, Jesús había sido un discípulo de Juan, de manera que tuvo, sin duda, una conciencia de pecado (con el conjunto del pueblo, que venía a bautizarse, confesando los pecados). Pero ahora descubre algo mayor: Dios ha perdonado las culpas de los hombres. Por eso, si Dios ha perdonado ya, Jesús abandona los procesos de purificación, los ritos penitenciales.

En un mundo como aquel, donde se extendía por doquier la obsesión por pecados, faltas e impurezas, en un mundo donde el templo de Jerusalén se concebía como máquina de expiaciones y purificaciones, al servicio de la remisión de los pecados, en un mundo donde el mismo Juan Bautista había destacado el riesgo del gran pecado, Jesús viene a presentarse como enviado de Dios, para anunciar la llegada de su Reino (es decir, del gran perdón), no para condenar pecados.

Los fundadores de religiones y los santos suelen descubrirse pecadores y piden a Dios que les perdone; se sienten manchados y suplican al Señor de la pureza que les limpie, inventando nuevas formas de expiación y/o reparación por los pecados. Esa dinámica de mancha y limpieza (que la Iglesia posterior ha retomado) había culminado en Juan Bautista. Pues bien, llegando hasta su final (siendo discípulo de Juan y bautista por su cuenta) Jesús ha superado esa dinámica, descubriendo que Dios no perdona a través de la penitencia de los pecadores, sino porque les ama.

Como discípulo de Juan, Jesús había estado con aquellos que aparecían como pecadores y expulsados de la vida social y sacral. Pues bien, después de haber recorrido ese camino de pecado y de haber escuchado hasta fin la palabra de Dios, que le ofrece su Espíritu y le Hijo querido, Jesús no ha creado una escuela penitencial, para conversión de pecadores (en la línea de ciertos ritos penitenciales posteriores), sino que ha ofrecido a todos una experiencia de gracia, para transformarles.

Éste es el rasgo más sorprendente y novedoso de su vida en Galilea, de ahora en adelante: Jesús no ha dado muestras de angustia o conciencia de pecado, ni ha querido que los hombres y mujeres se acongojen y mortifiquen por la culpa, sino que ha vivido y expandido una fuerte experiencia de gracia, descubriéndose capaz de transformar su vida, anunciando la llegada del Reino.

Jesús no ha venido a decir a los hombres y mujeres que son pecadores para después perdonarles, sino que ha empezado a ofrecerles desde el principio la gracia del Reino, como

gracia sanadora. De esa forma ha dado un giro radical en la visión y en la tarea profética de Juan Bautista. Pues bien, en contra de lo que los hombres y mujeres piensan de ordinario, esa gracia del Reino que Jesús ha proclama no es algo pasivo, ni meramente interior, sino que actúa como principio de transformación radical de la sociedad. Como buen judío, él ha buscado la restauración y plenitud de Israel, en la línea de las profecías, y lo ha hecho llamando a unos discípulos que desde ahora signo y germen de ese Reino que vendrá precisamente aquí, en Galilea.

Jesús no ha sido un pensador erudito como Filón de Alejandría (para instaurar el Reino del Logos a través del pensamiento), ni un profeta político como Josefo Flavio (para hacerlo a través de pactos militares e imperiales), sino un hombre de pueblo, que conoce por experiencia el sufrimiento de los hombres (los pobres) y sabe que la historia de Israel (y del mundo) no puede mantenerse desde su dinámica actual, porque en esa línea se destruye. Él ha sido un profeta campesino, un Mesías nazoreo que anuncia y prepara la llegada inminente del Reino de Dios en Galilea.

Ciertamente, todo lo que él dijo estaba de algún modo anunciado (preparado) a lo largo de la historia de Israel, pero nadie había dicho las cosas que él decía, ni había hecho las cosas que él hacía, como sanador, exorcista y mensajero de Dios, entre los artesanos sin trabajo, los pobres sin comida, los enfermos, los locos y los expulsados de la sociedad a quienes curaba y animaba, ofreciéndoles el Reino de Dios.

Toda su acción se puede resumir en las palabras que, según la tradición, mandó decir a Juan: «Id y decidle lo que habéis oído y habéis visto: Los ciegos ven y los cojos andan y los leprosos quedan limpios y los sordos oyen y los muertos resucitan y los pobres son evangelizados y bienaventurado aquel que no se escandalice de mí» (Mt 11, 4-6 par). Éstas son sus obras (tomadas de Is 35, 5-6; 42, 18). Quiere que los hombres y mujeres vivan, que anden, que vean, que escuchen, que los hombre reciban la buena noticia.

Así aparece y actúa Jesús como Sanador, al servicio del Reino, con la certeza de que el Reino llega y Dios hará cambiar la forma de vida de los hombres, partiendo precisamente de los pobres. Jesús sabe que la humanidad tiende a dividir a fuertes y débiles, organizándose a partir de arriba, desde los más fuerte. Pues bien, él ha invertido esa situación, porque sabe que la palabra y acción decisiva la tienen los pobres (los enfermos, los rechazados, los mendigos...), sabiendo también que son ellos los que pueden cambiar a los ricos (a los sanos, prepotentes...).

De esa forma inicia su gran “revolución”, desde abajo, es decir, con los últimos y pobres, anunciando y preparado la llegada del Reino en Galilea. Ésta no es ya la revolución de un Dios que actúa desde arriba, como juez final, cambiando por la fuerza las suertes de los hombres. Ésta es la revolución que nace de la mirada del evangelio: Jesús no viene a sacar a los pobres de Egipto (porque todo el mundo es Egipto), sino para ofrecerles allí, en la misma Galilea, el don del Reino, construyéndolo con ellos, para ellos. Ésta fue su certeza, éste el principio de su acción: ¡ésta llegando el Reino de Dios, lo estamos construyendo, desde abajo, los pobres y expulsados de la sociedad!

### *7. Mirar hacia Jerusalén. El Reino de Dios en la ciudad sagrada*

En un primer momento, Jesús pensaba que el Reino llegaría en Galilea, pronto, tras unos breves meses de siembra y cultivo. Así lo dispuso y preparó, iniciando una misión sistemática

entre los artesanos y aldeanos de su tierra, partiendo de los pobres y enfermos, que “evangelizaban” (curaban) anunciaban el reino a los más ticos. A su juicio, todo estaba dispuesto y debía haberse cumplido... pero el Reino no llegó.

Jesús vio que el Reino no llegaba como él lo había anunciado y preparado, curando a los enfermos, acogiendo a los expulsados y creando un movimiento de solidaridad israelita, desde abajo, con sus Doce discípulos. Por eso, en un momento dado, tuvo que cambiar de opinión. Él había empezado en Galilea, creyendo que allí culminaría todo, sin necesidad de subir a Jerusalén. Pero el Reino no llegaba en Galilea, las curaciones no causaban el impacto que él pensaba, las gentes tenían miedo. Quizá por eso pensó que debía mirar con más hondura, ir a la raíz, para culminar su camino en Jerusalén, culminando de esa forma su estrategia, sin cambiar su tipo de mirada.

Por otra parte, parece que su actividad había suscitado ya el recelo del tetrarca Herodes Antipas, que había matado a Juan Bautista y que le hubiera matado igualmente a él, si hubiera llegado la ocasión, como le avisaron sus amigos fariseos: «Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar». Jesús escuchó ese aviso, pero contestó: «Id y decidle a esa zorra: Yo expulso aquí demonios y realizo curaciones, hoy y mañana, y al tercer día acabaré. Pero, es necesario que siga mi camino hoy, mañana y pasado mañana; porque un profeta debe morir en Jerusalén» (cf. Lc 12, 31-32).

Herodes recela del profeta galileo y pretende detener su movimiento, pero Jesús responde al rey/zorra (caña inclinada al primer viento de poder: Mt 11, 7), diciendo que él, Jesús, no tiene que pedirle permiso para realizar su obra. A diferencia de Herodes, Jesús no es una zorra, ni una caña obsequiosa, sino un profeta de Dios, de manera que puede actuar donde él quiera y de un modo especial en Galilea. Pero añade, al menos veladamente, que no quiere arriesgarse de un modo total en Galilea, ni provocar a Herodes, porque quiere que su mensaje y camino culmine en Jerusalén, ciudad del Gran Rey (Mt 5, 35), al tercer día, que es día del Reino.

Ésta ha sido la decisión fundamental de Jesús, tras haber comenzado su anuncio de Reino en Galilea. No se ha cumplido su esperanza en Galilea, la gente de sus pueblos no se convertía. Pero su mensaje seguía siendo verdadero y por eso decidió anunciarlo en Jerusalén. No había ido a Galilea para fracasar (después de haber dejado a Juan Bautista), sino para anunciar e instaurar el Reino de Dios. Tampoco ahora sube a Jerusalén para fracasar, sino para cumplir la obra de Dios, culminando su anuncio del Reino. Quizá se podría decir que subió para forzar a Dios, para exigirle de algún modo una respuesta. En esa línea, podría añadirse que subió para forzar a los sacerdotes de la ciudad, poniéndoles ante la decisión final del Reino. Lo que es seguro es que no subió para morir (para que le mataran), sino para culminar su camino de Reino.

Como buen judío, subió a Jerusalén, ciudad de David (del Mesías), en nombre de los pobres, con un grupo de galileos, para anunciar e instaurar el Reino, esperando la manifestación de Dios, aunque sabiendo el riesgo que implicaba su actitud (cf. Jn 11, 16). Estaba seguro de que Dios hablaría a través de lo que hicieran (o no hicieran) con él en Jerusalén, pues ésta era la última oportunidad para la ciudad de las promesas y del templo. *Vino de un modo público*, para que Jerusalén pudiera acoger su mensaje. No subió en forma privada, sino que lo hizo como pionero y representante de aquellos que esperaban el Reino y así entró en la ciudad a los ojos de todos, montado sobre un asno regio, por el Monte de los Olivos (cf. Mc 11, 1 ss), como rey que toma posesión de su ciudad y que instaura el Reino.



No quiso pactar (es decir, aliarse y repartir el poder) con los sacerdotes pues no admitía su poder (ni los sacerdotes habrían aceptado el suyo), sino que vino a implantar, ante el mismo templo, el Reino de Dios, como alianza universal, desde los pobres, esperando la intervención. Él había realizado su tarea. Dios tenía que responder ahora, como había respondido a la llamada de Moisés en el Mar Rojo (Ex 14-15). Evidentemente, Jesús tampoco quiso pactar con Pilato, enviando delegados para que dijeran que venía desarmado, que no quería (ni podía) ocupar la ciudad, ni provocar desórdenes externos, sino que sólo cambiar la identidad y misión del judaísmo.

Vino públicamente, en un momento de crisis y su llegada provocó una conmoción en los sacerdotes, que se sintieron amenazados, pues él no reconocía su mediación sacral (¡materializada en el templo!), sino que anunciaba y promovía la caída o transformación total de ese templo (convertido en lastre social y/o religioso), a fin de que Dios pudiera hablar directamente con los hombres y mujeres de la ciudad y del mundo empezando por los pobres.

Por otra parte, los romanos admitían todas las religiones, como piedad privada, siempre que reconocieran el poder (o arbitraje) de Roma. Pues bien, eso era lo que estaba precisamente en juego: Jesús no quería fundar una nueva religión aceptable para Roma, sino un fuerte movimiento mesiánico, de tipo universal (abierto a todos), sin pretensiones de poder. Eso era precisamente lo que más molestaba a los poderes establecidos, que se sentían amenazados por una pretensión semejante de autoridad humana sin poderes político-religiosos. Por eso, con buen criterio jurídico, en sintonía con los sacerdotes, Pilato le condenó a muerte.

Imaginemos que Jesús hubiera logrado mantener su pretensión en Jerusalén y que le hubiera creído. Los sacerdotes tendrían que haber renunciado a su visión particular (sacral) del templo, pues el Reino de Jesús no deja espacio para un templo como el suyo. Jesús hubiera actuado como un rey no-regio, no-militar (no sacral, no político), animando una especie de humanidad mesiánica, una asociación donde todos podrían tomarse como reyes.

En el organigrama político de Roma, sólo podría ser rey de los judíos (en clave de alianza política, sumisión imperial y colaboración militar), alguien que fuera vasallo político del imperio, un hombre de poder, como lo había sido Herodes el Grande (37- 4 a. C.) y como lo será dentro de poco su nieto Agripa (39-44 d. C.). Pues bien, Jesús no iba en esa línea y, conforme estamos viendo, él nunca hubiera tomado el poder (ni hubiera sido un Rey por encima de los otros), pues él impulsaba un movimiento de Reino sin reyes (o en el que todos son reyes, cosa que es lo mismo). Un Jesús coronado Rey bajo autoridad del emperador de Roma ido en contra de todo su mensaje.

#### *8. Mirar desde la muerte. Los ojos del crucificado.*

Como vengo señalando, Jesús no vino a Jerusalén para morir, sino para anunciar e instaurar el Reino, en la ciudad de las promesas de Israel. Vino para reinar, es decir para ofrecer el reino a los pobres y enfermos, a los excluidos y negados de la sociedad y así quiso indicarlo al entrar públicamente en la ciudad y al tomar posesión del templo (Mc 11), en nombre de su Dios. Vino para reinar, es decir, para que reinara Dios, a través de los rechazados de la sociedad. Éstos serían los rasgos principales de su Reino:

1. *Él no habría actuado como rey político o militar*, en el sentido usual, pues no habría tomado el poder, ni se habría convertido en emperador o Señor sobre otros. Ciertamente, quizá podría haberse presentado como virrey, delegado y representante de un Dios Rey que expresa su presencia a través de los pobres y rechazados de nuestra sociedad; pero carecemos de modelos para imaginar este reinado de Jesús, pues nuestras categorías mentales y sociales se encuentran marcadas por dinámicas de poder militar, político o sagrado. Ciertamente, el Cuarto Evangelio ha trazado el perfil del reinado de Jesús, diciendo que ha venido a dar testimonio de la verdad (Jn 18, 37); pero la verdad de su Reino no sería la de unos sabios platónicos que se imponían sobre militares y trabajadores (cf. *República* VI), sino la verdad del amor compartido por todos, desde los más pobres. Abrir los ojos, para que los hombres vean (es decir, se vean y se reconozcan); esa fue la propuesta y tarea de Jesús.

2. *Su Reino implicaría un nuevo tipo de relaciones humanas*. Jesús no habría necesitado instituciones militares de dominio externo, ni estructuras económicas de poder. En un primer momento, Roma podría haber seguido funcionando (¡quizá!) con sus medios militares y administrativos, en un nivel externo, de manera que los seguidores y amigos de Jesús podrían haber establecido y extendido su Reino a través de conexiones personales de tipo no-gubernamental, no-militar, creando formas de convivencia y colaboración directa, de manera que, poco a poco (o por una mutación rápida), el orden político romano se habría vuelto innecesario, como una realidad anticuada que se vacía desde dentro y pierde su utilidad.

3. *Tributos, economía mesiánica*. Jesús no habría rechazado de un modo directo los impuestos del César (cf. Mc 12, 17), pues las cosas de Jesús (que son de Dios) se realizan de un modo gratuito y por contacto personal, no a través de mecanismos de un dinero que tiende a convertirse en ídolo o mamona (Mt 6, 14). Pero el dinero iría perdiendo poco a poco su sentido, perdería su poder, por los itinerantes del Reino actuarían como portadores de un poder de sanación (¡de felicidad!), que era capaz de cambiar la forma de vivir de los sedentarios (ricos), a través de un cambio en línea de comunicación personal y reconocimiento mutuo.

4. *Una mutación humana*. Lo que Jesús proponía no era una sencilla adaptación, al interior del sistema que había venido operando hasta entonces y que culminaba en la religión del templo judío y en el orden militar y político de Roma. Su proyecto no se situaba en un nivel de conflictos y cambios militares, sociales o económicos, ni siquiera de cambios religiosos, en sentido confesional, sino que implicaba una mutación (una ruptura de nivel) dentro de las estructuras habituales de la vida, que se habían estabilizado en clave de lucha de jurisdicciones. En contra de esas estructuras de poder, Jesús y sus amigos serían un grupo/germen de amistad, abierta quizá al mundo entero, portadores de la felicidad del Reino. Nunca se había conocido algo semejante. Nunca ha vuelto a darse algo mayor. Por eso, sus discípulos decían que él, Jesús, era Hijo de Dios, mutación radical de la historia humana.

5. *No habría apelado a la venganza* para derrotar a los sacerdotes del templo o los soldados de Roma, pues de esa manera él y su proyecto seguirían vinculados al talión antiguo. Si se hubiera vengado de los sacerdotes de Jerusalén (o quisiera ocupar su lugar), Jesús continuaría en el nivel de los sacerdotes, con sus medios de tipo sacrificial, es decir, violento. Si hubiera querido vengarse de Roma (ocupando su lugar), seguiría en el nivel de Roma, buscando él también una defensa armada (cf. Mt 26, 53; Jn 18, 37). Pues bien, en contra de

eso, Jesús no apela a los sacrificios de los sacerdotes ni a la defensa armada (no quiere conquistar Jerusalén ni Roma), sino que se sitúa en un nivel de palabra/amor creador, según la mutación del evangelio. Por eso, no ha luchado militarmente contra el templo, aunque está convencido de que el templo se encuentra dominado por poderes de violencia, de manera que terminará destruyéndose a sí mismo (cf. Mc 11, 15; 13, 2; 14, 58; 15, 29 par). Tampoco ha luchado directamente contra Roma y su modelo de Imperio, porque si lo hiciera hubiera seguido moviéndose en el mismo nivel de Roma..

Poco más podemos decir sobre todo esto. Sabemos cómo surgen y caen los imperios, como muestra, de forma clásica, el libro de Daniel (cf. Dan 7: babilonios, persas, macedonios, sirios...). Lo que Jesús buscaba es diferente. Sin duda quería un Reino de este mundo, como presencia de Dios para todos. Pero lo quería de un modo diferente, sin utilizar los medios de este mundo. Lógicamente, los poderes religiosos y sociales de Jerusalén tuvieron miedo y le condenaron a morir.

No quería morir, buscaba el reino de Dios y esperó hasta el final su llegada. Sin embargo, contó con que pudieran matarle e integró su posible muerte en el proyecto de su Reino, de una forma que resulta hoy difícil de precisar, pues el tema ha sido reformulado desde una perspectiva pascual. Sin embargo, hay tres pasajes que nos ayudan a entender su forma de situarse ante la muerte. Ellos nos ayudan a entender su última mirada, la mirada de un hombre que ha anunciado el Reino de Dios y que está incluso dispuesto a morir al servicio de ese Reino. Los tres pasajes han de tomarse al mismo tiempo, como expresión de una misma mirada evangélica:

a) *Mirada al futuro. La próxima copa en el Reino.* La tradición de la Última Cena ha conservado una palabra clave sobre Jesús. «En verdad os digo que ya no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día aquel en que lo beba nuevo en el reino de Dios» (Mc 14, 25 par). Jesús suido a Jerusalén para ver beber allí, con sus discípulos y amigos, la copa de vino del Reino. Pues bien, tomando la última copa, en una ciudad que quiere condenarle a muerte, Jesús sigue prometiendo a sus amigos la copa del Reino. Su último gesto no ha sido llorar (por su posible fracaso), ni rezar oraciones de tipo ritual, ni hacer penitencia, ni simplemente recriminar a sus discípulos, sino tomar con ellos una copa de vino, esperando ya, para la próxima vez el Vino de la Fiesta de Dios.

b) *Mirada el presente: ¡Esto es mi cuerpo!* (cf. Mc 14, 22 par). Mucho más difícil de entender históricamente es el signo del pan, que Jesús tomó hasta el fin con sus discípulos y amigos. Ha puesto su vida al servicio del Reino de Dios, en Galilea y después en Jerusalén. Pueden matarle, pero él no se niega, ni se vuelve atrás, ni quiere defenderse con armas. Quizá al final de su camino, él interpreta su vida como “cuerpo” al servicio del Reino de Dios, un cuerpo simbolizado en el pan que él come con sus amigos. El signo de Jesús (el primer evangelio, su primera historia) había sido el pan compartido, no el alimento de las purificaciones y los ázimos rituales (que comen separados los buenos judíos), sino el pan de cada día, al que alude el Padrenuestro: la comida que se ofrece a los pobres, se regala a los pecadores y se comparte entre todos. Pues bien, ahora, al final de su vida, sabiendo que pueden matarle, él evoca el signo del pan compartido, su signo.

c) *Mirada el pasado. Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?* El Nuevo Testamento ha destacado el sufrimiento y pasión de Jesús (cf. Heb 5, 7; Mc 14, 34; 15,

34-37; Lc 12, 50), recogiendo, de un modo especial, su voz postrera: «Y dando un gran grito expiro» (Mc 15, 37). Los cristianos han interpretado esa voz con las palabras del salmo 22, 1 (Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?: *Eloi, Eloi. Lema Sabaktani*: Mc 15, 34), pero ha citado en ese mismo contexto la opinión de aquellos que dicen que llamaba a Elías (Mc 15, 35-36). Muchos exegetas han pensado que ese grito era un invento de la iglesia (los crucificados mueren por asfixia y no pueden gritar). Otros lo han entendido como un signo apocalíptico del fin del mundo (como aparece en el Apocalipsis, libro de las últimas voces: Ap 4, 1; 5, 2; 8, 13 etc; cf. también Mc 1, 11). Pues bien, pensamos que ese grito constituye un recuerdo histórico. Precisamente porque los crucificados no suelen gritar, la tradición cristiana lo ha conservado, a pesar de los problemas que podía plantear a los creyentes. Ciertamente, en un sentido, Jesús ha muerto como abandonado de Dios.

### *9. Una mirada pascual. Volved a Galilea, allí le veréis*

Acabamos de exponer los ocho rasgos básicos de la mirada histórica de Jesús: mirada de familia, de tradición sagrada de Israel, de artesano, de discípulo de Juan, de bautista, de mensajero del Reino en Galilea, de aspirante al reino de Jerusalén, de condenado a muerte... Esa sucesión de miradas nos ofrece la identidad más honda de Jesús, que no es una idea, ni un personaje fijado en un momento, sino más bien un hombre en camino. Por eso, si queremos fijar con su ayuda una mirada de evangelio tenemos que recoger los ocho momentos de su camino.

Los ocho son fundamentales, pero hay uno que está en el centro de todos, como ha formulado el evangelio de Marcos, tras la muerte de Jesús, al comienzo de la iglesia. Marcos sabe, sin duda, que hay algunos “cristianos” que quieren permanecer en Jerusalén, guardando un sepulcro vacío o esperando allí el Reino que Jesús había querido instaurar en la ciudad del templo. Otros buscaban quizá soluciones de tipo espiritualista, identificando a Jesús con un salvador interno. Pues bien, en contra de eso, el ángel de la tumba vacía dice a las mujeres, que quieren visitar y encontrar allí a Jesús:

No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. ¡Ha resucitado! No está aquí. Mirad el sitio donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él os precede a Galilea. Allí le veréis, como os dijo (Mc 16, 6-7).

Entre los ocho momentos anteriores del camino de Jesús, este pasaje ha privilegiado uno: el tiempo y acción del mensaje de Jesús en Galilea. Ciertamente, el texto no puede ignorar los momentos anteriores de la vida Jesús (sobre todo su tiempo de trabajo como tekton/artesano y de seguimiento del Bautista); tampoco puede ignorar los momentos posteriores (su subida a Jerusalén y su muerte). Pero pone de relieve el momento del mensaje en Galilea. Ése es el que debe destacarse. Por eso, el ángel de la pascua dice a los discípulos de Jesús que vuelvan a Galilea, para recuperar la mirada y tarea de Jesús, allí donde él había comenzado a recorrer su último camino.

Posiblemente, el evangelio de Marcos escribe en un momento en que, acabada la guerra judía (hacia el 70 d.C.), están surgiendo en las iglesias cristianas diversas posibilidades. Unos quieren volver a Jerusalén. Otros corren el riesgo de olvidar toda locación o referencia. Pues bien, en este contexto, recogiendo precisamente las tradiciones

galileas de Jesús y asumiendo (superando) desde la teología de Pablo la tentación de Jerusalén (que es ya una tumba vacía), se entiende la «llamada» de volver a Galilea, para las mujeres y Pedro (Mc 16, 7).

Para el evangelio de Marcos, volver a Galilea significa recuperar las tradiciones del mensaje y de la propuesta de Reino de Jesús, con la riqueza de la experiencia paulina, con el recuerdo de Jerusalén (la muerte de Jesús ha sido necesaria), para recrear desde allí el verdadero proyecto, la auténtica mirada de Jesús. Esta vuelta a Galilea tiene, por tanto, un sentido teológico, kerigmático y geográfico, marca el comienzo de la nueva iglesia. En ese entorno de Galilea está para Marcos el futuro del evangelio. Desde ese entorno debe iniciarse el nuevo camino eclesial.

Allá, en la Alta Galilea, parece moverse la comunidad de Marcos. Por allí se mueve el autor del evangelio, en una tierra que a su juicio debe interpretarse como punto de partida de un nuevo camino. La palabra final «allí le veréis como él os dijo» (Mc 16, 8) no está evocando una experiencia pascual privada o de tipo puramente espiritualista, sino la culminación escatológica, la vuelta de Jesús, el fin de los tiempos.

Jesús no vendrá a mostrarse (¡no va a venir o hacerse ver!) en Jerusalén, como muchos habían esperado, ni en el aire en general, como Pablo aseguraba a los fieles pagano-cristianos de Tesalónica (1 Tes 4, 17), que quizá no estaban familiarizados con Galilea. Conforme a la visión de Marcos, Jesús va a venir a (en) Galilea, para culminar allí su obra y para retomar desde allí su camino mesiánico completo. Ésta es a su juicio la verdadera parusía. Por eso, los discípulos de Jesús tienen que aprender a mirar y a escuchar como él miraba y escuchaba en Galilea..

Esta esperanza de la gran revelación pascual (escatológica) de Jesús en la montaña de Galilea define el evangelio de Marcos, lo mismo que el de Mateo (escrito un poco más tarde, entre el 70 y el 90 d.C.). Allí en Galilea deben encontrarse todos los de Jesús (Pedro, las mujeres, los discípulos de Jerusalén), para retomar allí el camino de Jesús. Marcos pensaba quizá que faltaban pocas cosas para que llegara el fin: la vuelta Pedro, con las mujeres y los discípulos, la reunión de aquellos que habían iniciado el camino con Jesús... Después, pronto, volvería a ponerse en marcha, de otra forma, lo que había sucedido en Jerusalén, donde sólo quedaba una tumba vacía.

Desde ese fondo se entiende la palabra clave: *allí le veréis*. Ver a Jesús significa aprender a mirar como él miraba y a vivir como él vivía, poniendo la vida al servicio de los cojos/mancos/ciegos, de los expulsados de la sociedad, de los malditos. Ver a Jesús significa ver desde Jesús (como él lo haría hoy), en las nuevas condiciones personales y sociales de un mundo que parece condenado a muerte, como aquel en que vivió Jesús.

Ver a Jesús en Galilea ¿Para qué? ¿Para quedar allí parados? ¿Para subir de nuevo a Jerusalén? ¿Para trazar nuevas subidas a lugares diferentes? El texto no lo dice, sino que se limita a precisar: allí le veréis. Viendo a Jesús podremos ver todo de un modo diferente, viendo el sufrimiento de los hombres, oyendo sus gritos. La tarea está abierta. Ese es el camino del evangelio.

#### *10. Mirada final. Prestar los ojos a Jesús.*

Esta reflexión podía haber acabado en el momento anterior, pero he querido añadir un texto famoso que el mayor comentario actual sobre san Marcos atribuya a Santa Teresa de

Ávila. Al comentar el mensaje radical de Marcos, J. Joel afirma que todo se resume en la palabra de Santa Teresa de Ávila, cuando dice «Dios no tiene manos, sino nuestras manos»<sup>16</sup>.

No parece que esa cita se encuentre literalmente en Santa Teresa, aunque se le atribuye en diversos lugares. Se trata de un canto antiguo, retomado por protestantes y católicos, que dice «Christ (God) has no hands but our hand to do His work today. He has no feet but our feet to lead men in his way; He has no tongue but our tongue to tell men how he died, He has no help but our help to bring them to His side». Dios (Cristo) no tiene manos, sino nuestras manos, para hacer hoy su tarea. Él no tiene pies, sino nuestros pies, para dirigir en su camino a los hombre. No tiene lengua, sino nuestra lengua, para decir a los hombres cómo han de vivir. No tiene ayuda, sino nuestra ayuda, para atraer a los hombres a su lado.

De esta forma se puede resumir nuestro trabajo. Dios no tiene ojos, Dios no tiene manos, Dios no tiene oídos...que puedan desligarse de los nuestros. Ha venido a escuchar y a mirar a los hombres por medio de Moisés y de Jesús. De esa manera, mirando y escuchando por nosotros, nos enseña a mirar, en un camino de de contemplación activa.

Mirar y escuchar de esa manera, en la línea de Moisés, conforme al evangelio Jesús, implica compartir la vida con los hombres que sufren, para acompañarles en un camino de libertad (Moisés), de Reino (Jesús). Lo dijo de forma clásica el Concilio Vaticano II:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia. Por ello, el Concilio Vaticano II, tras haber profundizado en el misterio de la Iglesia, se dirige ahora no sólo a los hijos de la Iglesia católica y a cuantos invocan a Cristo, sino a todos los hombres, con el deseo de anunciar a todos cómo entiende la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo actual (Gaudium et Spes 1-2).

### **3. CONCLUSIÓN . APLICACIÓN A LA VIDA RELIGIOSA**

Desde el camino anterior de Jesús quiero ofrecer, de manera telegráfica, seis posibles aplicaciones para la vida religiosa. Todos los cristianos han de aprender a mirar y escuchar como Jesús, para comprometerse con él (como él) en el camino del Retino. Pero de un modo especial quieren hacerlo los religiosos y religiosas.

#### *1. Punto de partida. Retorno al evangelio*

Toda vida religiosa es seguimiento de Jesús, como sabe la tradición de eremitas, monjes y mendicantes. Pero, en un momento como el nuestro, cuando parece que el conjunto de la vida religiosa se halla en crisis, resulta necesario destacar este elemento de experiencia y búsqueda del Reino de Dios: (a) El religioso es un hombre liberado para el Reino, en la línea de Jesús: por eso en su vida debe darse una especie de ruptura respecto a otras formas de vida

---

<sup>16</sup> Joel Marcus, *Mark 1-8*, New York 2000, 418: "God has no hand but our hands".

social, económica e incluso familiar, un tipo nuevo de itinerancia evangélica, como aquella que formaban los discípulos de Jesús, en fraternidad de liberados. (b) Esta liberación para el evangelio supera todas las seguridades de la razón, la técnica, la búsqueda política. Tiene que haber por tanto un primer momento de ruptura. No se trata de aceptar las mediaciones de la modernidad... para cambiar desde ella la Iglesia, sino de superar esas mediaciones, de vivir desde otros parámetros. . Los religiosos son personas que "están de vuelta" de todas las seguridades del mundo, de todos sus caminos intrahistóricos. Pero no están de vuelta Jesús y por eso quieren actualizar de nuevo su experiencia desde el fondo de la tierra. (c) A partir de este retorno al evangelio, el problema de la vida religiosa consiste en suscitar eso que podríamos llamar la "estabilidad fraterna": se trata de lograr que un grupo de carismáticos itinerantes se pongan de acuerdo para vivir la alabanza de Dios en fraternidad. Por eso pasamos a los rasgos siguientes.

## *2. Primera experiencia: aprender a mirar.*

El hombre moderno ha querido transformar racional y técnicamente el mundo: vive en plano de trabajo y organización, de producción y consumo. Pues bien, por encima de eso, los religiosos han sido (y siguen siendo) hombres de contemplación, es decir, de gratuidad, hombres y mujeres que han descubierto el don de la vida, el regalo de todas las cosas. Así deben resaltar en este tiempo postmoderno: son testigos de la gratuidad en medio de un mundo donde nada parece gratuito; por eso son contemplativos. Rasgos de esa gratuidad contemplativa de la nueva vida religiosa pueden ser los siguientes: (a) El diálogo con otras formas de vida religiosa. Hay en occidente una especie de deseo de entrar en contacto con las técnicas contemplativas (yoga, zen etc) orientales. A veces ese deseo no es más que un gesto snob: curiosidad, esoterismo. . . Por eso resulta fundamental una experiencia intensa de ecumenismo contemplativo, tal como puede realizarse en formas de vida contemplativa. (b) Al mismo tiempo, la contemplación habrá de hacerse en el centro del mundo. Por eso, in rechazar los viejos monasterios, separados con sus muros del resto de los hombres, han de levantarse nuevos monasterios, de intensidad contemplativa, en medio de un campo distinto, entre las calles de la Urbe y en el suburbio de la ciudad etc, para llenar de encuentro con Dios la vida concreta de los hombres. Contemplativos en la gran ciudad donde toda contemplación se mata y parece imposible, eso han de ser los religiosos. (c) Finalmente, esa contemplación tendrá que ser "cristológica": estará centrada en el encuentro con Jesús, como principio de oración y vida nueva. Orar no es separarse del mundo, hacia el vacío de una vida solitaria. Orar es dialogar con Cristo y con los hombres partiendo del misterio de gracia de Dios Padre. Por eso los nuevos contemplativos de la vida religiosa habrán de ser hombres de intenso diálogo en el mundo, en Jesús... siguiendo los caminos y opciones de Jesús, en contacto con los pobres y expulsados de la sociedad.

## *3. Revelación central, una nueva comunicación.*

La postmodernidad se define de algún modo por la "incapacidad de la comunicación": las grandes ideas de justicia han fracasado; los hombres quedan solos, aislados unos de otros, dentro de una historia que parece haber perdido su sentido, abandonados a la lucha. Pues bien, en esa situación, la vida religiosa es sobre todo experiencia de comunicación en nivel de

gratuidad, desde Jesús. La contemplación de Dios (de lo divino), en Cristo, se vuelve contemplación de los dolores de la historia. El Dios que dice: “He oído los gritos de mi pueblo, he visto su sufrimiento, he recordado mi amor, he conocido...”(Cf. Ex 2, 23-24).: (a) Comunicación orante. De la contemplación anterior brota esta urgencia de compartir la fe y la vida de encuentro con Dios. Los religiosos dialogan ante todo en plano de misterio: comparten su experiencia de fe; dialogan desde el fondo del misterio. Por eso, poniendo en común su fe en el Cristo, pueden compartir los otros dones y valores de la tierra. (b) Comparten el afecto, en un plano muy concreto de servicio y de cariño. Pertenece a la esencia de la vida religiosa el cuidado de los unos por los otros. Cada uno se siente responsable de todos los hermanos y todos ellos se alegran por la compañía que se van ofreciendo en el camino de la vida. (c) En ese aspecto, la vida religiosa es una especie de demostración concreta del misterio: donde hay amor allí está Dios; el Dios de Cristo se revela donde un grupo de hermanos comparten de manera intensa los problemas y tareas de la vida, el valor de la existencia.

#### *4. Primer tarea, una presencia.*

Existen desde antiguo grupos religiosos de presencia cristiana en el lugar de sufrimiento de los hombres: órdenes redentoras, hospitalarias, educadoras etc. La novedad ha de estar a mi juicio en una nueva forma de presencia, que no se encierra en hacer cosas, por resolver problemas, sino por trazar una presencia. Se trata de estar presentes donde casi nadie está presente, en las fronteras de la vida, en los lugares de muerte de la historia. Los religiosos deben liberarse llegar donde la sociedad en general no llega. No están ahí para hacer cosas, sino para escuchar y compartir, sobre todo para compartir... Los nuevos movimientos cristianos, que nacen de la cristiandad antigua, en el fondo quieren hacer cosas, resolver problemas. Creo que los religiosos del futuro no tienen que arreglar cosas. Lo que ellos tienen que hacer ante todo es hallarse presentes, en un gesto de solidaridad y de ayuda personal que trasciende y supera los esquemas organizativos de la sociedad moderna. En ese aspecto se pueden distinguir dos casos: (a) Los religiosos pueden asumir trabajos de ayuda humana que la sociedad ya realiza, en forma de suplencia o ayuda: pueden dedicar su actividad a gestos de enseñanza o sanidad que están sostenidos por el Estado, siempre que los asuman con espíritu de entrega profunda, como testimonio de Jesús. (b) Pero, fundamentalmente, ellos deberán realizar gestos de presencia y ayuda que la sociedad como tal (que el Estado) no realiza. En ese aspecto, la vida religiosa será gesto profético de solidaridad. Ella debe hallar las huellas de Dios (es decir, el misterio de la vida amenazada) allí donde el hombre se encuentra más oprimido, ofreciendo un gesto de ayuda allí donde nadie quiere ayudar (casos de marginación extrema, grupos de personas exiladas, fuera de ley, enfermos que nadie cuida etc etc). En ese sentido los religiosos han de realizar tareas que parece inútiles al servicio del hombre....

#### *5. Una consecuencia. Transformación estructural.*

Esa acción dependerá del tipo de sociedad en que actúen los religiosos (en el primer, segundo o tercer mundo). Pero en plano de principio, ellos tienden a transformar estructuralmente la sociedad. En un sentido radical, al hacerse presentes en los lugares de mayor



miseria humana, los religiosos han de ser "revolucionarios", en el sentido más hondo de la palabra; buscan el surgimiento de una sociedad sin clases, donde los privilegiados sean los pobres; buscan una sociedad donde los primeros sean los expulsados, los pobres etc. Los religiosos que realizan esa acción serán como avanzada de la Iglesia (de una Iglesia que asume el proyecto de Reino) dentro de un mundo que quiere mantener sus estructuras de privilegio. Estrictamente hablando, los religiosos han de ser los auténticos revolucionarios cristianos. En su acción podemos distinguir estos momentos: (a) Hay un momento de denuncia: las mismas obras de los religiosos deberán de ir contracorriente; irán en contra de aquello que tiende a buscar y realizar una sociedad organizada como "sociedad de bienestar". Una vida religiosa que no aparezca como denuncia radical de este mundo de injusticia y opresión no es digna de ese nombre. (b) Hay un momento de acción concreta, sea en plano testimonial (de martirio), sea en plano creativo (de transformación). Tomadas en sí mismas, las acciones de la vida religiosa expresan una fe en el cambio social: tienden a transformar de raíz la realidad, en clave de esperanza. Esa acción no se realiza con violencia externa, ni con la toma de poder político, sino con el testimonio de una humanidad fraterna. (c) En algunos casos los religiosos podrán actuar directamente en la transformación estructural directa e inmediata de la sociedad, a través de acciones de tipo sindical, económico o político (acciones que buscan el cambio de la sociedad, pero sin toma directa del poder económico o social). En este plano el religioso se distingue del presbítero que tiende a ser el hombre de comunión, que debe aunar en una mesa eucarística a todos los miembros de la comunidad creyente. Por eso, el presbítero está menos indicado para presentarse como un hombre capaz de crear conflictos, en las fronteras de la vida. El religioso, en cambio, puede y debe ser hombre de frontera: ha de ponerse al servicio de los más abandonados dentro de la tierra. (d) De esa forma, los religiosos penetran en el lugar de la misma conflictividad social, como testigos de Dios en medio de la historia. Ellos se encuentran siempre abiertos hacia una plenitud escatológica (por eso nunca identifican un camino de liberación histórica con la plenitud del reino). Pero su misma "reserva escatológica" les hace más sensibles para las necesidades concretas del mundo, pudiendo y debiendo introducirse en la conflictividad del cambio estructural. El religioso no está obligado a acertar (el acierto es de Dios o de aquel que nunca se arriesga). Pero está llamado a buscar con pasión y riesgo el bien de aquellos que están más abandonados sobre el mundo.

#### *6. Conclusión. Testimonio cultural. Del viejo al nuevo monasterio.*

En el pasado, la vida religiosa ha realizado una labor cultural de primera magnitud en occidente, a través de los monjes (bibliotecas de los monasterios) y a través de las universidades (donde comienzan a enseñar los mendicantes desde el siglo XIII). Pues bien, esa labor puede y debe continuar, en formas quizá nuevas. Recordemos la "parábola" cultural de U. Eco, en su novela *El nombre de la Rosa*. (a) El viejo monasterio era signo de cultura integral. Puede ser signo de la cultura del racionalismo occidental, encerrado en la gran torre; tiene mucho valor, pero no sabe abrirse de manera creadora hacia los hombres no sabe reír, no sabe cantar y bailar ante el mundo. Aquel era un monasterio segregado, jerárquico, en medio de las intrigas del poder. (b) La vieja cultura de aquel Monasterio ha caído (se ha quemado). Ha terminado la ilustración, ha caído el racionalismo. . . Parece que sólo quedan fragmentos, pobres hojas sueltas que el joven Adso va recogiendo como guía de su vida. . . . Esa es

nuestra situación, es la situación del hombre postmoderno sobre el mundo. (c) ¿Podremos edificar un nuevo monasterio, del tipo de antiguo? Quizá debemos responder que sí. No sabemos si volverá el tiempo en que el saber del pasado pueda conservarse en una gran biblioteca. Pero es necesario que los religiosos del mañana sean capaces de crear una forma nueva de cultura más humana, más jovial. . . más abierta hacia la gratuidad, en la línea de todo lo indicado previamente. (d) Pero los religiosos pueden y deben ser adelantados de una nueva cultura de humanidad, en la línea de las observaciones anteriores. Una cultura contemplativa, abierta al gozo de la gratuidad...; una cultura fraterna, abierta al gozo de la comunicación; una cultura de presencia en los lugares donde la humanidad se encuentra más amenazada... Un cultura que va en contra de los intereses del sistema, pues tiene que ser cultura de libertad, de comunicación directa, de amor de Dios en el amor mutuo, para el goce de la creación de Dios.

#### BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

a. *Sobre Moisés y el Éxodo*. Entre los comentarios, cf.: F. Michaeli, *Exode*, CAT 2, Neuchâtel 1974; B. S. Childs, *Exodus* OTL, SCM, London 1974; M. D. Dunnam, *Exodus*, CC 2, Waco TE 1987; M. Noth, *Exodus*, ATD 5, Göttingen 1968. Para situar la figura de Moisés cf. H. Cazelles, *En busca de Moisés*, EDB, Estella 1981; A. Neher, *Moisés y la vocación judía*, Aguilar, Madrid 1962; M. Buber, *Mosè*, Marietti, Casale Mo. 1983; H. Schmid, *Mose. Ueberlieferung und Geschichte*, BZAW 110, Berlin 1968; X. Pikaza, *Dios judío, Dios cristianos*, Verbo Divino, Estella 1996. Sobre la vocación de Moisés: G. del Olmo, *La vocación de líder en el Antiguo Testamento*, Univ. Pontificia, Salamanca 1973, 65-100. Sobre la función de Moisés en pascua y éxodo cf J. L. Ska, *Le passage de la mer. Étude de la construction, du style et de la symbolique d'Ex 14, 1-31*, AnBib 109, Roma 1986.

#### b. Sobre Jesús y su proyecto:

Barbaglio, G., *Jesús, hebreo de Galilea. Investigación histórica*, Sec. Trinitario, Salamanca 2003.  
 Bartolomé, J. J. *El evangelio y Jesús de Nazaret*, CCS, Madrid 1995.  
 Crossan, J. D., *Jesús. Vida de un campesino judío*, Crítica, Barcelona 1994  
 Gnilka, J., *Jesús de Nazaret. Historia y mensaje*, Herder, Barcelona 1993.  
 Guijarro, S., *Jesús y sus primeros discípulos*, Verbo Divino, Estella 2007.  
 Martínez Fresneda, F., *Jesús de Nazaret*, Instituto Teológico, Murcia 2007.  
 Mateos, J. y Camacho, F., *El horizonte humano: la propuesta de Jesús*, El Almendro, Córdoba 1988  
 Meier, J. P., *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico I-IV*, Verbo Divino, Estella 1998-2009.  
 Pagola, J. A., *Jesús. Aproximación histórica*, PPC, Madrid 2007  
 Pikaza, X., *La nueva figura de Jesús*, Estudios Bíblicos, Verbo Divino, Estella 2003; *Hijo de Hombre. Historia de Jesús Galileo*, Tirant lo Blanch, Valencia 2007.  
 Puig, A., *Jesús. Una biografía*, Destino, Barcelona 2005.  
 Ratzinger. J. /Benedicto XVU, *Jesús de Nazaret*, Esfera, Madrid 2007  
 Sanders, E. P. *Jesús y el judaísmo*, Trotta, Madrid 2004  
 Theissen G. y Merz, A., *El Jesús histórico*, Sígueme, Salamanca 1999.  
 Vidal, S., *Los tres proyectos de Jesús y el cristianismo naciente* (BEB 110), Sígueme, Salamanca 2003; *Jesús el Galileo*, Sal Terrae, Santander 2006.